

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 19.—SÁBADO 8 DE MAYO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION DE LONDRES.

PRUSIA.—HESE.—FRANCFORT SOBRE EL MEIN, ETC.

Indudablemente corresponden á la Prusia los honores en la esposicion del Zollverein. Demos pues principio al exámen de sus productos.

Elberfeld, que es á un mismo tiempo el Lyon y el Mulhouse de dicho país, sobresale así por la variedad como por la hermosa fabricacion de sus tejidos. Admiranse sus tunicos de gasa, sus rasos y sus escocesas; ostenta con orgullo sus telas de seda y algodón para tapicerías; sus chales, sus terciopelos, sus cachemiras para chalecos, y por último, sus damascos. Tiene tambien lanas encarnadas en paquetes, mezclas de lana y algodón, y otros muchos tejidos, todos fabricados en Elberfeld. Así es que esta ciudad encierra una verdadera colonia manufacturera, cuyas producciones llenaban una de las galerías superiores del sur en el Palacio de Cristal.

Sus telas estampadas de algodón, superan á todo encarecimiento; pero sus indianas, sus muselinas y sus chaconadas, aunque de hermosa calidad, son algo inferiores á las francesas, pues á los progresos que la Prusia ha realizado en la industria lanera, no igualan en manera alguna los de su industria algodонера.

Los rasos, el gro de Nápoles, los tejidos de seda y los terciopelos de Crefeld, merecen distinguidos encomios. Tambien Viersen espuso bellisimos terciopelos de seda; pero los de Berlin se llevan la palma entre todos, por la variedad, la belleza y la finura de sus colores. Sus pellizas y sus chales son dignos de mencionarse por la perfeccion con que están trabajados.

Gladback espuso tambien chales de lana y seda, así como telas para pantalones; Barmen, chales comunes; Gera, merinos y muselinas de lana, y Schmiedeland, chales, cachemiras y terciopelos.

Los paños prusianos llaman justisimamente la atencion, pues es muy difícil igualar en finura á los de Werden, Eupen, Hettwig, Francfort-sobre-el Oder, Finstervald, Grünberg Goldberg, y sobre todo á los de Aix-la-Chapelle, rival temible de las fábricas de Sedan y de Verviers. Aix-la-Chapelle remitió tambien á Londres bellisimos tejidos de algodón y mezclas para pantalones.

La Prusia Rhenana estuvo dignamente representada en la Exposicion Universal. Todavía causan admiracion los paños de Ingenbruch, que nada han perdido de su primitiva finura y consistencia. Esta última cualidad recomienda especialmente á los de Monjoie.

Colonia envió pañuelos de seda y calicots estampados; Dusseldorf tejidos de lana, á cuadros, y chales. En cuanto á sus estampados de algodón son algo mas que medianos.

Pero volvamos á los paños. Los de Neudamm se distinguen por sus precios cómodos; los de Schwednitz y de Eiegnitz (Silesia) por su fortaleza; Burtscheid espuso tambien paños cruzados y finos; Brandemburgo damascos de excelente calidad, y Eupen tejidos finos y superfinos que agradaron

infinito á cuantos los examinaron. Si la Francia envió algunos paños tan hermosos como los prusianos, debe confesar que bajo el punto de vista de la variedad, la Prusia lleva grandes ventajas á la fabricacion francesa.

El verdadero triunfo de la Prusia no ha sido obtenido en la Exposicion, sino fuera de ella. Queremos aludir á sus precios, cuyas indicaciones son sumamente recomendables, á fuer de baratos en todos los géneros.

Entre las ciudades prusianas que ocupan un rango distinguido en la industria lanera, conviene citar á Erfurt por sus

damascos y sus *necessaires*, á Zeulverda por sus telas de mezclas, á Ronneburgo por sus lanas, á Jena por sus tejidos de todas clases, y á Greiz por sus muselinas de lana.

Las telas de lino prusianas, espuestas en una de las galerías superiores, pertenecen á un sistema de fabricacion muy notable. Bielfeld se distingue particularmente por sus tejidos adamascados y por sus magníficas mantelerías. La Silesia ha espuesto telas gruesas, pero de buena calidad. Por último, la industria lanera alemana se halla convenientemente representada, y tiene poco que envidiar á otros países.

Por esta corta reseña que hemos presentado de los tejidos prusianos, tanto en telas como en paños, puede calcularse lo mucho que ha adelantado esa nacion de pocos años á esta parte. Así se ve que se ha puesto en las referidas industrias, al frente de la civilizacion alemana, sin que los trastornos públicos hayan afectado el progreso de sus fabricaciones.

La Prusia es un país esencialmente industrial, y su gobierno protege de lleno los adelantos públicos, dotando establecimientos importantes, de los cuales salen excelentes operarios. Berlin, Erfurt, Werden, Finstervald y Bielfeld, son otros tantos centros, que reúnen magníficas fábricas, cuyo consumo es considerable, por lo mismo que surten á toda la Alemania.

La Silesia es tambien uno de los puntos mas importantes de la fabricacion prusiana, y acaso el de mayor salida entre todos. Los estados del Zollverein se surten principalmente de sus fábricas, y sus tejidos, aunque ordinarios, son muy buscados por su gran duracion é increíble baratura.

No se crea sin embargo que la industria prusiana se limita á las clases de artefactos que llevamos mencionadas. Cueros, papel, botonería, productos químicos, cristalería y otras muchas especies de géneros forman para ella un catálogo brillante, que comparado con el de muchas naciones, redundará en gloria suya.

En otro artículo nos haremos cargo de estos diversos artículos, así como de sus máquinas, que son sin disputa las mejores de los estados del Zollverein.

ROSAS Y LUIS XI.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Hemos visto que la época de la aparicion de Rosas, coincide perfectamente con la de Luis XI, así como su genio feroz y sombrío, sus gustos extravagantes y su sistema de gobierno contradictorio é irracional, basado en la guerra, en la violencia y la mentira, sistema que parece mas bien plagiado de las hordas salvajes del desierto, que de pueblo alguno donde se acaten los fueros de la razon y de la justicia. Hemos visto tambien que es idéntica en los dos la manía de centralizar el poder, el anhelo de abatir á los poderosos, Rosas á los caciques de las provincias, y Luis XI á los magnates de la aristocracia; la habilidad para explotar las situaciones y sacar provecho hasta de los hombres mas insignificantes, y finalmente, su empeño en invertir todas las jerarquías, halagando los instintos del po-



Espejo á lo Luis XV.

pulacho, el primero como rey que no se desdénaba de confundirse con sus vasallos, y el segundo como caudillo popular que participaba de las preocupaciones, hábitos e ideas de la parte viciosa é inculta de los campos y ciudades, nervio principal de su poder.

Restanos ahora, para acabar de poner en relieve la íntima conexión que existe entre uno y otro tirano, examinar la conducta de Rosas en su juventud, la manera de proceder con su padre y hermanos, los medios de que se ha valido para estender su influencia en los países limítrofes, los resortes de su política, su insigne mala fé, la violación de los tratados, la crueldad sistemada con que ha procedido siempre, ordenando friamente el degüello de los prisioneros y poblaciones indefensas, con el único objeto de inocular el terror, como el mejor auxiliar de su tiranía sangrienta y embrutecedora; en fin, sus alianzas con los salvajes, y el odio mortal contra los pueblos vecinos, donde regian principios opuestos á los suyos.

Luis XI, siendo todavía delin, conspiró contra su padre, se rebeló contra su autoridad: Rosas, antes de los veinte años, abandonó el hogar paterno, despues de haber reñido con su familia. La causa de este enojo fué un abuso de confianza, harto reprobable en su corta edad. Su madre, no pudiendo hacer carrera de él, cuando apenas entraba en la adolescencia, le envió á una de sus estancias bajo las órdenes de un capataz, y Rosas se apropió algunas cantidades de consideración, y las invirtió no se sabe en qué. Con este motivo fué llamado á la ciudad y reconvenido ágricamente por sus padres: mas él, cuyo carácter indómito, impetuoso y estravagante, empezaba ya á revelarse, le contestó sacándose el poncho (1) y otras prendas de ropa, como si no quisiera conservar nada que les perteneciese, y tirándose las á los piés, salió, montó á caballo, y desapareció con la velocidad del rayo.

Desde entonces no ha vuelto á pisar la casa de sus padres, ni aun despues que la fortuna le elevó al primer puesto de la república.

Hay quien asegura que en aquella ocasion cometió el desacato de levantar la mano al autor de sus días; pero como quiera que fuese, muy grande debía ser el enojo de este, cuando á su muerte, en vez de nombrarle abacea, como de mas edad y representación, nombró á su hermano Gervasio: público menosprecio que ni en la tumba ha perdonado Rosas á su padre.

El que es hijo irrespetuoso é ingrato, mal puede ser buen hermano. Si Luis XI envenenó á su hermano el duque de Guayana, el Washington del Sud no hizo lo mismo con el que acabamos de nombrar, porque no le fué posible; pero le puso fuera de la ley, é hizo insertar en los periódicos que no era hijo de su padre, D. Leon Ortiz de Rozas (2), sino del capataz de sus estancias.

D. Gervasio Rosas se asiló á Montevideo huyendo de su desnaturalizado hermano. Su injusta persecucion fué motivada por el malhadado alzamiento del Sud (1839), en el que se le creyó complicado. Numerosas partidas de caballería anduvieron buscando por espacio de algunos días, con orden espresa de matarle donde quiera que le encontrasen.

La perplejidad no cabía sino en las maneras de Luis XI, mas no en su cabeza, donde, como él mismo decía, llevaba todo su consejo.

Rosas unas veces se mostraba alegre, jovial hasta la locura, otras sombrío y feroz hasta la demencia; unas veces se presentaba vestido con todo el esmero y etiqueta propios de su alta clase, y otras recibía á los primeros diplomáticos extranjeros, como al conde de Lurde, por ejemplo, ministro plenipotenciario de Francia, vestido de gaucho, en chiripa (3) y ropas menores. No seguía jamás los consejos de nadie, sino sus propios impulsos: tiene una voluntad de hierro, y por mas que se diga, á ella ha debido principalmente su elevacion, sus triunfos y prosperidad.

El monarca francés tenía la manía de prestar dinero sobre las fianzas de provincias y de plazas á los soberanos de la familia que lo necesitaban, á fin de tener un pretexto, si las circunstancias le eran favorables, para estender sus dominios; y Rosas por distinto camino conseguía el mismo resultado. Sin que nadie le nombrase, constituíase en árbitro y juez de las cuestiones de sus vecinos; levantaba y equipaba ejércitos ó fuerzas mas ó menos considerables, que ponía á disposición de los que se empeñaba en favorecer, y convirtiéndolos así en instrumentos ciegos de su ambición y de sus planes, se apoderaba de nuevos territorios, ensanchaba y estendía su influencia hasta donde le abría paso la victoria. Eso ha hecho con los republicanos de Rio-Grande; eso ha hecho con Orive, con ese moderno conde D. Julian; eso ha hecho con los revolucionarios del Alto Perú; eso ha hecho con todos los caudillos y hombres sin corazon, que han ido á mendigar su apoyo y á ponerse bajo su férula, suscribiendo entre otras condiciones á las siguientes:

1.^a A incorporar su respectivo país á la Confederacion Argentina;

2.^a A hacer guerra á muerte á los salvajes unitarios, que eran todos los enemigos de Rosas, fuesen americanos ó europeos;

3.^a A seguir en todo y para todo las instrucciones del ilustre restaurador de las leyes (así se titulaba desde que las puso todas debajo de su asiento).

Restaurador de las leyes!... horrible sarcasmo para los que no ignoran lo que esas palabras han significado en el Rio de la Plata!... Baste recordar que Luis XI violaba los decretos, mudaba los jueces en su provecho, y nombraba comisiones ejecutivas. Rosas decía: *ue las leyes las hace y deshace el que puede*; que los tratados, las palabras empeñadas, etc., son trampas para cazar tigres; y constante en estos principios ha violado con insigne mala fé todos sus pactos y compromisos con los gobiernos de la Confederacion, con el Paraguay, el Estado Oriental, el Brasil, la Inglaterra y la Francia.

Desde su primera elevacion al poder (1830), invadió las funciones legislativas é hirio de muerte al poder judicial, pidiendo al presidente de la cámara de justicia, la lista de diez y ocho ó veinte presos que mereciesen la última pena, y los mandó fusilar en San José de Flores por una simple orden suya.

(1) Especie de capa cerrada, muy usual entre la gente del campo.

(2) Ortiz de Rozas es su verdadero apellido, y él se hacia llamar y se firmaba Rosas solamente.

(3) Pedazo de paño ó de bayeta que á guisa de saya se envuelve alrededor de la cintura, dejándole caer hasta los piés.

En el proceso (1837) de los hermanos Reinafés (D. José Vicente y D. Guillermo), gobernador de Córdoba el primero y teniente coronel el segundo, Rosas, por cuya instigación mandaron asesinar ellos al famoso Quiroga, llamado con justicia el tigre de los llanos, fué delator, fiscal, juez de primera, segunda y tercera instancia, carcelero y ejecutor. Por último, él ha sido el primero en América que ha dado el fatal ejemplo de las comisiones clasificadores, con motivo de su advenimiento al poder; comisiones que no son mas que una parodia servil, y tan funestas como las celebres comisiones de la primera república Francesa. Continuemos.

El bárbaro (Luis XI), despues del tratado de Conflans, mandó arrojar al rio á muchos habitantes de Paris, por sospechas de que eran partidarios de su enemigo; y el príncipe normando, mientras flameaba una bandera parlamentaria á bordo de la *Boullonnaise*, donde un alto personaje redactaba las notas que precedieron al tratado que iba á proponerle de parte de la Francia, escribía á los corifeos de la *Mas-horca* para que esta asaltase y degollase á la claridad del día al pacífico vecindario de Buenos-Aires, solo porque sospechaba que tenia relaciones con Lavalle, como ya indicamos; y tal vez con la misma pluma, todavía húmeda, con que habia firmado la orden para esta carnicería, firmó el ignominioso tratado Mackau, de eterno baldon para el torpe negociador y para el alevé gabinete sin dignidad que lo ratificó. (Guizot y comparsa.)

Luis XI mandaba á sus generales que entregasen todo al saco y lo pasasen todo á cuchillo, y que no hiciesen prisioneros; exactamente lo mismo que recomendaba el héroe del desierto á los suyos, con la diferencia de que como eran mas ignorantes y feroces, le obedecían con mas servilismo, y no se halló en sus ejércitos uno solo que se atreviese á desobedecerle, como Saint-André á Luis XI. La guerra que hacia, era una guerra de exterminio, que deshonoraria á los mismos estados berberiscos, para valernos de una elocuente frase del noble comodoro Purvis. Una de sus máximas gubernamentales era que los muertos no se levantan.

Pocos tiranos ha habido que hayan hecho morir á tantos ciudadanos á manos de los verdugos y en suplicios mas crueles. Para que se comprenda toda la exactitud de este aserto respecto al padre de la patria, vamos á trasladar á continuación un extracto de las famosas TABLAS DE SANGRE, formadas con una paciencia y un celo que demuestran lo que puede el patriotismo y el amor á una noble causa, por el infatigable y malogrado D. José Rivera Indarte, el ilustre escritor, digno émulo de Varela hasta en su muerte gloriosa. Sacerdotes de la libertad y de la civilizacion, murieron defendiendo sus principios, como el valiente soldado al pié de su bandera. Un veneno libró á Rosas del primero, y un puñal del segundo. Uno en *El Nacional* y otro en *El Comercio del Plata*, fueron los dos enemigos mas terribles que se han levantado contra su tiranía. Nuestra causa, que es la causa de la humanidad y de la civilizacion, perdió en ellos tal vez á sus dos mas robustos atletas. Por eso Rosas los asesinó cobardemente.

Segun Indarte, las tablas de la sangre derramada por su orden, solo comprenden las víctimas muertas á hierro ó á fuego, constanding así de los documentos oficiales del mismo dictador, ó de relaciones dadas por testigos dignos de fé. Muchísimas serán las que omitiremos, añade, y que no hemos podido averiguar en la incomunicacion en que estamos con el interior de Buenos-Aires y las otras provincias Argentinas. Algun dia con nuevos y mejores datos mejoraremos nuestras tablas, como hoy mejoramos las *Efemerides* de las carnicerías de Rosas. No comprendemos los muertos por miseria, destierros, cárceles, sufrimientos morales: esto es inmenso é inaveriguable. Inscrimos en estas tablas solo los nombres de los que han muerto por opiniones políticas ó inicuaente; que á la faz de Dios y de los hombres son inocentes... para nuestros cálculos nos hemos valido de datos directos y precisos: si los hubiésemos hecho por los partes oficiales, casi siempre exagerados, los guarismos serian triplemente mayores.

Ahora bien: estas tablas, en las que están consignadas por letras, con expresion del día, mes y año, los nombres de las víctimas y de sus asesinos, la causa de su muerte y otras circunstancias, como igualmente los fusilamientos en masa, combates, etc., etc.; estas tablas que hacian bramar de coraje á Rosas, cuando las leía por vez primera, y exclamar frenético, como otro tirano menos sanguinario que él, paseándose furioso de un extremo á otro de su gabinete en Palermo, (4): *¿No habrá nadie que me libre de este hombre?* estas tablas ofrecen el siguiente espantoso resumen:

Envenenados (incluso el autor de ellas).	5
Degollados.	3,765
Fusilados.	1,393
Asesinados.	722
Muertos en acciones de armas.	14,920
Muertos en escaramuzas, fusilados y lanceados por desercion, en la formacion de los diversos ejércitos que han combatido desde 1829 hasta 1843 (época que comprenden las tablas), debiéndose advertir que Rosas ha establecido una táctica militar, bárbara entre las mas bárbaras.	1,600

Estas diversas partidas dan el total verdaderamente espantoso, como ya lo hemos calificado, atendida la escasa poblacion del Rio de la Plata, de 22,405 personas, las mas activas é inteligentes de la poblacion, muertas á veneno, lanza, fuego y cuchillo, sin formacion de causa, y casi todas privadas de los consuelos temporales y religiosos con que la civilizacion rodea el lecho del moribundo. No queremos hablar de la emigracion de familias enteras, que huyendo de los gobiernos del ilustre restaurador y sus procónsules, se han asilado á la Banda Oriental, Bolivia, Perú, Chile y Brasil... pasan de DIEZ MIL!!!

En fin, y para concluir de una vez este horrible paralelo, Luis XI estableció la uniformidad de los vestidos con el objeto de humillar á las autoridades señoriales; recibió en su servicio á los suizos, uniéndoles un cuerpo de 10,000 hombres, no

(1) Magnífica posesion de Rosas á corta distancia de Buenos-Aires.

para crear un ejército nacional, sino para formar una guardia que custodiase su persona. Llevó á la tumba su odio mortal á los flamencos, porque en aquel pueblo activo é industrioso reinaba un espíritu de libertad que era una satira muda de su tiranía.

El grande americano, por motivos semejantes niveló á sus compatriotas con el *chaleco de grana, el bigote y la patilla federal*, y sobre todo, con el roce de las últimas clases con las mas ilustradas y opulentas. ¡Vergüenza da decirlo! Las personas mas notables de Buenos-Aires por su cuna, por sus talentos, por sus riquezas y por su posicion social, estaban afiliadas por miedo, solo por miedo, en la *Mas horca*; y como si esto no bastase á Rosas para su seguridad, como si conociese cuan efimera y bastarda era su fingida adhesion, se alió con los indios salvajes del Chaco y de la Pampa, manumitió á los negros esclavos y les puso las armas en la mano, para crearse una especie de guardia pretoriana que le defendiese contra las insurrecciones del paisanaje y de sus demás tropas. Aborrecia de muerte á las repúblicas vecinas, que eran un sarcasmo de su despotismo y barbarie, y muy principalmente á Montevideo, á ese pueblo heróico, que como el pueblo flamenco en la prolongada lucha que sostuvo con Luis XI, desafío impávido el poder del nuevo Atila, y acabó por justificar plenamente lo que anunciábamos hace mas de un año en una composición que vió la luz pública en *La Semana*, periódico literario de esta corte.

¡Montevideo!.. Codiciada joya
Que tras coronas devoraste ardiente,
Siempre en tu seno con amor se apoya
La libertad que caé desfaleciente;
Siempre tu pura sangre has derramado
Por una causa generosa y noble:
Por eso luchas hoy con un tirano,
Y tu heroísmo, en la desgracia, doble,
Antes la muerte clama
Que el yugo de ese despota inhumano!
Y su poder y fama.
Rompe al choque de tu hercúlea mano!

Mercé á su indomable esfuerzo, la estrella de Rosas se ha eclipsado delante de sus muros... sus cohortes, victoriosas en todas partes, nueve años acampadas en la falda del Cerrito (1), esperaron inútilmente que el hambre ó el cansancio les entregase á la ciudad invicta. ¡Loca ilusion! Habia algo de providencial en la desesperada resistencia de ese pueblo, condenado al martirio tantas veces, porque él, mejor que otro alguno en el Plata, ha sabido siempre fecundizar con su sangre generosa las palmas de la victoria, arrancadas en buena guerra al inglés, al español, al lusitano y brasilero.

Ultimo baluarte donde hizo hincapié la libertad, vencida y proscripta ya en el resto del Rio de la Plata, Montevideo, al son de las cadenas que le preparaba Rosas, forjaba el rayo que debía hundir en el polvo su maldita frente. El denuedo y constancia de sus defensores, le conquistaron las simpatías de la Europa y de sus hermanos del Continente. Un jóven monarca, digno de empuñar el cetro, y un hombre de corazon, tan patriota como bizarro soldado y buen general, se pusieron al frente de la nueva cruzada. Pasó Urquiza el Uruguay, y el ejército que sitiaba á Montevideo se disipó como el humo: pisó Urquiza la márgen Occidental del Paraná, y de victoria en victoria llegó hasta los Santos Lugares, guardia erizada de cañones y parapetos, donde se habia refugiado el tigre con los restos de su formidable poder. Trabajó allí una batalla tan reñida y sangrienta, que por espacio de cuatro horas no se supo de quién seria el triunfo. Tal vez Rosas empezaba á lisonjearse de que la suerte, siempre propicia, inclinaria la balanza á su favor, cuando, ¡oh justicia y castigo providencial! una audaz carga á la bayoneta de la infantería de Montevideo decidió la batalla á favor de los libres.

Cuatro mil hombres quedaron tendidos en el campo, y el dictador, acompañado de su hija, la célebre Manolita, se refugió á bordo de un buque inglés, bajo el pabellon que tantas veces habia insultado. A esta fecha debe ya encontrarse en Londres, ó los Estados Unidos.

Montevideo tiene la alta gloria de haber sido el poderoso ariete que abrió en el edificio de su tiranía la ancha brecha por donde debían entrar sus enemigos. En sus murallas y en la gloriosa resistencia de sus hijos, se estrelló el poder y la fortuna de ese mandon insolente. Montevideo, enseñando á los adversarios de Rosas que donde habia patriotismo, union y constancia, el coloso podia medirse con la mano, agrupó alrededor de sí todos los elementos que veinte años de despotismo y desafueros habian ido aglomerando en los miserables pueblos sujetos á su vega, y en los que le toleraban, y sufrían en silencio sus ultrajes por debilidad ó miedo. A la luz de los cañones de la invencible ciudad, brotó la llama que convertida muy pronto en un incendio, saltó á la márgen opuesta del Plata, devorando en su carrera cuanto intentaba detenerla.

Los defensores de Montevideo pueden alzar la frente con orgullo: perdido todo el territorio de la república, débiles en número, abandonados de todos, sin mas aliados que la desesperacion, sitiados por mar y tierra, resistieron largo tiempo á las cuádruples fuerzas que les rodeaban, sin otra esperanza que alcanzar una muerte gloriosa despues de ver reducida á escombros su querida ciudad; pero su causa era santa, y Dios la protegió, como protegió la de los flamencos.

Al borde de la tumba, sintiendo ya resbalar por su garganta el cuchillo de los sicarios, el sol de Iturzaingó y Sarandí vino á restañar sus heridas, el genio de la libertad los envolvió en su manto, arrancó de su frente la corona de espinas, y la gloria puso en ella una triple guirnalda de laurel.

Volviendo ahora á Luis XI y su feliz plagiaro, diremos para terminar, que una semejanza, una identidad tan grande entre estos dos hombres dialécticos, nos hace esperar que con la desaparicion del segundo, los acontecimientos que se sucedan, serán de tanta trascendencia é inmensos resultados para aquellos países, como los que tuvieron lugar en Europa despues de la muerte del rebelde hijo de Carlos VII.

Abril 30 de 1852.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(1) Eminencia á dos leguas de Montevideo.

REVISTA DE TEATROS.

Si hemos de juzgar solamente por la abundancia, nuestro teatro moderno se encuentra hoy en el estado mas floreciente. Nueve producciones han aparecido en la escena desde nuestra última revista, y entre ellas solo hay dos traducciones; pero no son estas las únicas pruebas de fecundidad que presentan nuestros ingenios; esto es únicamente lo que se ve: si fuera posible formar un catálogo de las muchas obras dramáticas que esperan su turno en la Junta de Censura, ó que aguardan el terrible fallo de las empresas, la Europa se admiraría, dejando confusos y avergonzados á los que se lamentan de la decadencia de nuestra literatura dramática.

Cuando se trató de nombrar varios censores encargados de revisar las obras que debieran representarse, se nos dijo que el gobierno, antes de elegir las personas á quienes iba á confiar esta comision, habia procurado tomar algunos informes sobre el caracter y el temperamento de los candidatos. Al principio nos causó risa tan estraña resolución; pero luego nos convencimos de que en el caso de ser cierta esta noticia, el gobierno habia obrado con el mayor acierto, porque efectivamente se necesita un temperamento especial para leer con calma y desde el principio hasta el fin tantas comedias serias y tantos dramas jocosos, entre los cuales se presentarán algunos sumamente vistosos y entretenidos.

Pero si son indispensables ciertas cualidades para ser censor, otras muchas prendas necesita tambien el empresario que consigue llegar con felicidad hasta el último dia de la temporada, despues de arrostrar las reconvenções y las enemistades de todos los que no han logrado ver en escena el fruto de sus vigilias.

Vamos pues á ocuparnos de las últimas producciones representadas, sintiendo no poder disponer de mas espacio, porque algunas de ellas merecen un juicio mas detenido que el que acostumbramos hacer.

Elena de la Seigliere es una comedia admirablemente escrita, muy delicada, que necesita de una buena ejecución para poner en relieve muchas de sus bellezas de diálogo, y en esta parte debemos decir que fué muy bien desempeñada por Romea y por cuantos en ella tomaron parte; pero desgraciadamente las bellezas de diálogo no están todas conservadas en la traduccion. Esta comedia en manos de un traductor como Vega hubiera ganado mucho.

El señor Estrella logró un éxito lisonjero en su primer ensayo *La gitanilla de Madrid*, comedia que se representó con aplauso en el año último. Tambien ha salido airoso en su última obra titulada *La hiel en copa de oro*, ejecutada en el coliseo del Príncipe De la privanza de D. Fernando de Valenzuela, y de sus rivalidades con Patiño y D. Juan de Austria, ha tomado asunto para su drama. En el primero y segundo acto estuvo muy acertado: en el tercero hay una situación sumamente comprometida, que no satisfizo completamente al público. La versificación es muy correcta. Sentimos no poder copiar algunos de sus buenos trozos. Esta produccion fué aplaudida, y desempeñada con bastante acierto por algunas de las principales partes.

Nuestro periódico se ha ocupado ya de la última obra del señor Hartzenbusch. Nada podemos añadir hoy: es una de las joyas de mas precio de nuestro teatro moderno, y el público ha hecho justicia á su distinguido autor, llamándole á la escena varias noches.

Errores del corazon es una produccion bellísima, con un pensamiento altamente filosófico, con situaciones hábilmente preparadas, y en las que abundan gran les rasgos de abnegacion y de ternura. Su autora la señora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, fué llamada á la escena. La ejecución fué excelente.

La señora Lamadrid representa á una jóven llena de candor y de ternura, y tuvo momentos felicísimos. El papel que desempeña el señor Arjona es de los que él domina, y en los cuales merece siempre elogios. La señora Rodriguez estuvo muy acertada. En otra ocasion hemos sido con esta actriz muy severos, porque creímos hacerla un obsequio no tributándole alabanzas inmerecidas; hoy debemos ser tambien justos, porque ha representado su parte sin amaneramiento ni exageracion, dándole á su papel el colorido indispensable, y nada mas. El señor Osorio (D. Manuel), caracterizó muy bien el suyo y agradó mucho.

La piececita titulada *Amar sin ver*, representada en este mismo coliseo, es bastante insulsa, y fué recibida con frialdad.

En el Circo no obtuvo *La hechicera* el éxito que se esperaba. Sin embargo, la música del señor Barbieri es de mucho mérito. Es verdad que en la de *Jugar con fuego* hay piezas que agradan mas al oido; pero en nuestra opinion, la música de *La hechicera* es mucho mas profunda. De todos modos fué muy aplaudida, y pudiera haberlo sido mas, con mejor libreto.

El juicio público, drama del señor D. Heriberto Garcia de Quevedo, alcanzó buen éxito en el teatro de la Cruz. A pesar de luchar el autor con una ejecución detestable, su obra fué muy aplaudida.

Cañizares y Guenara es el título de una piececita original de D. Francisco Palacios, representada en este mismo teatro. Tiene algunas situaciones muy cómicas, y está escrita con mucha soltura. El autor fué llamado á la escena.

Mucho ha agradado la parodia de *Adriana Lecouvreur*. Las principales situaciones de este drama están muy bien parodiadas, y aunque está escrita con descuido, hay muchos chistes que arrancan prolongados aplausos. El autor fué llamado á la escena; pero no se presentó, y continúa guardando el incógnito. La ejecución fué muy buena. Los actores que la ejecutaron están en su terreno, y en esto de parodias es preciso hacerles justicia.

Casi todas las empresas preparan nuevas producciones. Se dispone en el Príncipe el drama originil titulado *La estrella de las montañas*, á beneficio de Matilde Diez. En el Drama *El trapero de Madrid*, y en el Circo, y á beneficio de la Barandán, la zarzuela nueva titulada: *De este mundo al otro*.

F. MONTEMAR.

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

QUE HUBIERA TENIDO FIN

SI EL QUE LA CONTÓ LA HUBIERA CONTADO TODA.

«Anchos, muy anchos son los caminos que guian al mal, y estrechos, muy estrechos los que conducen al bien! De palabra y por escrito ha llegado esta afirmativa exclamacion tantas veces á lastimar nuestra alma de suyo inclinada á lo bueno, que á fuerza de oirla repetir, no parece sino que se ha erigido en principio incontestable para toda la humanidad, siendo sin duda causa del miedo instintivo que todo el mundo tiene á hacerse bueno, cuando es malo, ó á seguir siendo bueno, cuando es bueno. Yo por mi parte, lleno de dudas en esta materia, suelo consolarme repitiendo un refran, de cuyo principio no me acuerdo, que acaba diciendo... «y el mal para quien le vaya á buscar.» Perezoso de mio, si en irle á buscar consiste, no tropezaré en todos los dias de mi vida con el dichoso mal, y aunque hasta él se llegue, pisando rosas y deshojando claveles.»

Así me hablaba un estudiante viejo, que estudiaba todavía, porque habia empezado muy tarde su carrera, á quien mi padre me habia confiado para repasar mis estudios de filosofía moral.

Estas mismas palabras, con corta diferencia, me decia aun no hace cincuenta años, y ahora, que segun V. dice, señor doctor de mi alma, estoy ya en mis últimas horas, razon por la cual recuerdo sin duda las primeras de mi vida; ahora gozo extraordinariamente en verme tendido en esta cama, donde perdida ya la actividad del cuerpo y del espíritu, ni al cuerpo, que esta, señor doctor de mi vida, todo lo mal que puede estar, le ha de venir otra cosa que la muerte ó la salud, que ambos son dos grandes bienes, ni al espíritu otro pensamiento que el de Dios, su criador, que es su gran bien, consuelo y esperanza. Quiero decir, doctor de mi vida, que lo que es ahora no he de ir yo á buscarme ningun mal, reducido como estoy á no poder ir á buscar nada, y á contentarme con todo lo que me venga á buscar á mí. «Y el mal para quien le vaya á buscar!...» ¡Oh prudente y sabio maestro mio, y cuánta razon tenias, y cuánto habria yo ganado en ser entonces tan prudente como tú, ó en hallarme como ahora impedido y enfermo, sin fuerzas para buscar nada, y con sobrada debilidad para aguardarlo todo!...

Ha de saber el lector, que todo esto que ha leído, y lo que en adelante leerá, me lo ha contado á mí, que lo estoy escribiendo, un doctor en medicina, muy amigo mio, hombre curioso y observador, mas que profundo, pertinaz, de todas las cosas que delante de él pasaban, y pasan aun, si desgraciadamente no ha muerto en los dos meses que hoy hace que fué á casarse á Alemania, por higiene, con una muger que él solo cree poder encontrar en aquel país, gorda, colorada y sana, y saneada desde los pies hasta la cabeza. Treinta y un años y cinco meses, me dijo al despedirse de mí, que habia inútilmente gastado por acá en buscar lo que él llamaba toda una muger.

A este doctor fué al que en un hospital contó un enfermo algunos sucesos de su vida, que el doctor me contó á mí, y que yo cuento á los lectores, para que á falta de otra cosa mejor, si están muy desocupados, pasen un rato, bueno ó malo, que esas no son cuentas mias.

Contóme pues mi buen doctor, que el enfermo que le decia lo que el lector ya sabe por el principio de esta historia, era un hombre de unos cuarenta años poco menos, enjuto de carnes, más á consecuencia de la enfermedad, que porque él no estuviese dotado de una robustísima constitucion; de ojos pardos y rasgados, tan llenos de vida, que ganaban aun estando él enfermo, en energía de expresion, á los de la mayor parte de los hombres en su estado de salud. Tales ojos, me decia el doctor, yo no los he visto en mi vida, ni puedo explicar la especie de temor, ó mas bien de miedo que me inspiraron, cuando al tomar por primera vez el pulso á este hombre, se encontraron con los míos. Hola, doctor, me dijo, bien venido por este santo hospital, y por este maldito cuerpo: vamos á ver si salimos adelante, que yo por mi parte confío un poco en los médicos buenos, y V. no tiene mala traza.

—Así me gusta, así me gusta. Los enfermos animosos tienen anilada la mitad del camino para curarse.

—Pues mire V., doctor, me gusta el metal de la voz de V. Dios quiera que sus recetas escritas, sean tan dulces como sus palabras habladas.

—Veremos, veremos... Duele?...

Amigo, apenas le hice esta pregunta, poniéndole la mano en el abdomen, cuando dando un grito de dolor, y echando seguidos y pronunciados con notable claridad y fuerza, unos cuatro ó seis de los mas soeces juramentos, dió un salto que se elevó media vara sobre la cama, y al dar el salto, dió conmigo en tierra, lastimándome no poco con el pecho, la cara que yo tenia naturalmente inclinada para examinar mi enfermo. Su primer movimiento fué venirse hácia mí con el puño levantado, pero al verme caído se apaciguó su cólera, y no solamente se apaciguó, sino que se trocó en un bondadoso arrepentimiento del daño que me habia causado; y levantándose con una ternura que me sorprendió no poco, por el singular contraste que formaba con su primera furiosa sacudida, me dejó no menos sorprendido con la buena educacion y con las suaves y cordiales palabras que empleó para pedirme perdon, del movimiento, como él decia, que el dolor habia dado á su pobre máquina.

Yo le perdoné desde luego, porque, amigo, el médico es tan superior física y moralmente al pobre enfermo, que puede perdonarlo todo, por mas que tenga su mal genio, como cada hijo de vecino; y él se volvió á meter en la cama diciendo:—Todo me punza, todo me duele, todo me encoleriza! Es mucha desgracia. Maldito de Dios sea el mundo, que por todas partes está lleno de puntas que me hieren.

Me separé de su cama para dejar que se sosegara un poco, con intencion de volver despues de la visita de los demás enfermos, á ver á aquel hombre que habia picado mi curiosidad.

Pregunté á un practicante si sabia quién era, y cómo habia venido al hospital; y me dijo que aquel enfermo habia estado preso y habia venido allí echando sangre por la boca, de

resultas de que queriéndose escapar de la cárcel, habia hecho la barbaridad de arrojar desde un tejado de bastante elevacion.

Despues que di mi vuelta por las camas de la sala, volví á la de mi hombre, á quien encontré perfectamente sosegado. Me senté á su cabecera: estuve á su lado un buen rato, le hablé con cariño amistoso y hasta procuré consolarle con ternura, aunque con esto nada gané, pues como él me dijo, estaba tan acostumbrado á consolarse á sí mismo, que sabia ya de coro todos los consuelos, y todas las maneras de consolar que hay en el mundo. Gané sin embargo su corazon con mis buenas palabras, y cuando me despedí de él, hasta otro dia, apretándome la mano me manifestó una simpatía, que me alegró mucho, como que me daba esperanzas de saber de su misma boca algunas cosas raras que debia haber en su vida. Yo me muero por los estudios de observacion, y contentísimo de haber encontrado con quien á mí me parecia tan buen original, no hay que decir si haria todos los dias dos largas visitas al enfermo, que cada dia me apreciaba mas.

Al fin tantas visitas le hice y con tanto esmero le traté, que aunque por desgracia no pude darle la salud, porque eso no estaba en manos de la ciencia, le di tan verdadero conocimiento de mi buen carácter, que cuando por último, como él me lo habia pedido de todas veras, le dije casi toda la verdad quitándole las esperanzas de vida, que él además no estimaba en mucho, pasaba conmigo deliciosísimos ratos de conversacion, en los que yo me entretenia con placer, por ser la suya muy variada y llena de un encanto particular. Todas mis recetas se redujeron entonces á calmantes, y con esto la enfermedad, sin atormentarle gran cosa, iba caminando poco á poco á su paradero natural, que en este caso, segun mi primer pronóstico, desde que eché los ojos al enfermo, era la muerte.

No tenia aquello ningun remedio: los tejidos todos de la máquina, tendian á una completa disolucion, y todo en aquella tela se volvia cabos sueltos que era imposible atar.

Un dia en que el enfermo estaba mas animado que de costumbre, dando, por decirlo así, como una luz que se apaga por falta de sustancias que la mantengan, los últimos resplandores, que no parece sino que á manera de burla son mas claros que los primeros; aquel dia aproveché yo todos los recursos que me sugirió mi curiosidad, para saber algo de la vida de aquel hombre, que hasta entonces no me habia hablado sino muy vagamente de sus sucesos; y como que yo conocia que si no aprovechaba los momentos, iba á perder un utilísimo estudio de observacion, con tanto interés me dirigí á mi objeto, que al fin mi buen enfermo me dijo, lo que en los mismos términos, si puedo, voy yo á decirte á tí, discípulo curioso y aprovechado de mis lecciones de esperiencia observadora, aplicada á los momentos ociosos de la vida.

Aquí el doctor me repitió las mismas palabras con que empezó el enfermo á acordarse de su juventud, de sus estudios de filosofía moral, y de su pasante, continuando su relacion en los términos que el lector verá, si es tan bondadoso que aun no se ha cansado de leer cosas en que nada le va ni le viene.

Y ahora yo por boca del doctor, y el doctor por boca del enfermo, seguimos así la historia.

—Ya ve V., querido doctor, que á pesar del estado en que ahora me encuentro, he recibido una buena educacion, ó por mejor decir, ya ve V. que á pesar de que he recibido una buena educacion, me encuentro en el miserable estado en que V. me ha conocido. Pues ha de saber V. que nadie tiene la culpa de esto, pues á mí me parece que ni aun yo mismo li-tengo.

Cuando mas iba labrando en mi reflexion la profundidad de los principios de la filosofía, cuando mas ganaba mi alma en el verdadero camino de la felicidad tranquila que disfruta en este mundo el sabio que logra obedecer sin violencia estos tres preceptos de la moral: *instrúyete, corrígete, modérate*; cuando yo sentia ya dentro de mí cierta predisposicion á querer instruirme, corregirme y moderarme, he aquí que un cuarto de hora bastó para dar al traste con años de estudio y de lecciones, tanto de los autores de asignatura en las universidades, como de otros que me habia proporcionado mi ilustrado preceptor, sin contar con los magníficos y elocuentes trozos de sus esplicaciones, que mi padre habia querido que escuchase, no contento con lo que yo pudiera aprender del sabio doctor de la universidad de mi pueblo, que ocupaba entonces dignísimamente la cátedra de mi curso de filosofía.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES.

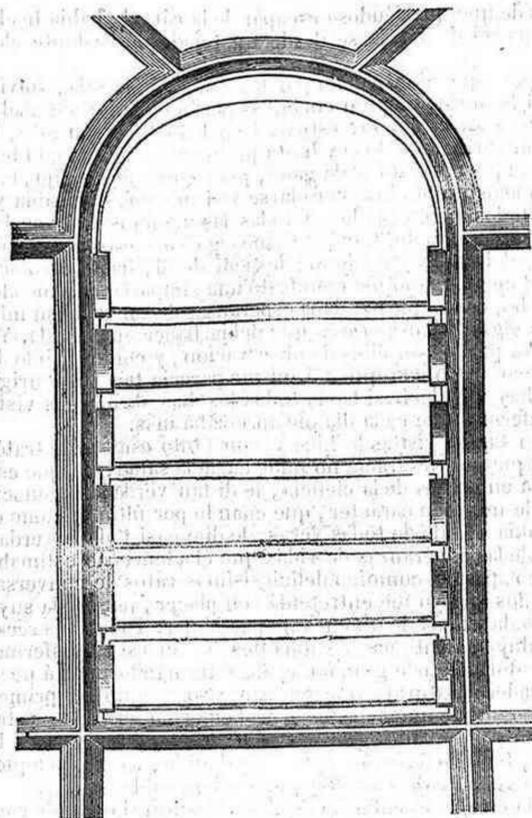
PARTE PRIMERA.

CAPITULO XV.

La procesion.

«Hermano, habia dicho aquella noche el inquisidor decano acompañado del secretario á cada uno de los reos condenados á relajar, hermano, vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas, de grandes letras y ciencia—esto decia ó leia el señor inquisidor decano,—y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejmplo de ellos se ha llamado y juzgado que mañana habeis de morir: apercebidos pues, y para que lo podais hacer como conviene, quedan aqui dos religiosos.»

Y habiendo repetido á todos las mismas palabras, mandaba que entrasen dos religiosos para que los asistiesen, dejando dos familiares á la puerta de cada encierro para que los guardasen: y atendiendo á estos y á las fatigas y trabajos de los religiosos y ministros que los asistian (añade nuestro concienzudo mentor); habia la providencia del tribunal hecho gran prevencion de bizcochos y chocolate, dulces y bebidas, para aliento y socorro de quien de ello necesitase.



Ventilador de resortes.

Acabáronse de cerrar en esa noche las calles que desembocaban en la carrera de la procesion, con tablados, formándose en ellos no pocos nichos, donde, por sus dineros, pudiera acomodarse la gente, para ver pasar el acompañamiento.

Antes de las tres de la mañana comenzáronse á dar á los reos los vestidos que el tribunal les habia mandado hacer, de suerte que poco despues de lucir en el horizonte la pálida luz del alba, todo estaba ya preparado para la procesion.

La campana inquisitorial comenzó entonces á tañer melancólicamente, y esta fué la señal de principiar á salir la procesion.

Comenzó esta con gran número de soldados de la fé mandados por D. Diego de Monte, á los que seguia la cruz del convento de la Merced, vestida con velo negro, y en su custodia doce sacerdotes con sobrepellices, luego los alcaldes del tribunal, y tras de estos los reos, cada uno con dos frailes y otros tantos familiares al lado.

Los reos eran sesenta y siete: veinte y cuatro en estatua y los demás en persona. Los primeros, ya muertos, ya fugitivos, llevaban en sus manos las arquillas con sus huesos, y todos escritos sus nombres en las arquillas, además de los rótulos que llevaban al pecho. De ellos veintidos eran condenados á relajar y los otros á abjuracion. Estas estatuas eran conducidas por los familiares pertenecientes todos á la muy ilustre nobleza granadina y de los alrededores, codiciosos de ganar las indulgencias concedidas por los sumos pontífices (1).

Luego asomaron los reos condenados en persona.

De estos aparecieron primero trece penitenciados con abjuracion de Levi: unos por casados dos veces, por supersticiosos otros, y los restantes por hipócritas embusteros, todos con velas amarillas apagadas en las manos. Los embusteros y casados dos veces con corozas, y algunos con sogas á las gargantas, y tantos nudos en ellas cuantos eran los centenares de azotes á que habian sido condenados.

Tras estos aparecieron veinte reos mahometizantes y judaizantes reconciliados, con sambenito, unos de media aspa, y otros de entera: todos empero con velas como los precedentes.

Despues pasaron lentamente el umbral del Santo Oficio diez reos condenados á relajar en persona, vestidos con las correspondientes corozas y capotillos de llamas: tres pertinaces y un *ficto confitente* (2), que habian de ser quemados vivos con sendas mordazas y esposas de hierro en las manos, y gran variedad de dragones y diabólicas figuras entre llamas, y los restantes con las llamas para abajo, en señal de que la piadosa mansedumbre del Santo Oficio, vista su conversion, los destinaba á la horca, y á ser luego quemados sus cadáveres.

A los reos seguia la congregacion de San Pedro Mártir, y por sus mayordomos eran conducidas las magnificas *arquillas* de los procesos, cubiertas de terciopelo blanco, oculto tras anchas franjas y deslumbrantes bordados de oro, siendo protegidas por los diputados primeros de la congregacion.

Cerraba esta parte de la procesion, llamada *procesion de los reos*, el alguacil mayor de la Inquisicion, acompañado de muchos familiares caballeros y de la mitad de las cien lanzas del conde de Tendilla, mandadas por Astasio de Bracamonte, en comision de su muy noble y magnífico señor. Montaba el escudero un brioso caballo negro, y llevaba á su izquierda á Sancho Camargo, que con aire asaz satisfecho, miraba sobre su cano bigote á la borgoñona, el marcial aspecto de los lanceros de la Tendilla.

Poco en verdad se hizo esperar la llamada *procesion del tribunal*, dando principio á su acompañamiento los alguaciles de la ciudad y otros dependientes de ella, ante una muy larga y lucida comitiva de familiares, cabalgando sobre gallardos caballos, rica y curiosamente compuestos con amena y lujosa variedad de matices en los encintados. Te-

dos iban con varas levantadas en las manos, hábitos en las capas, y veneras en los pechos.

Marchaban en pos la ciudad y la universidad, con sus sonoros timbales y sus rojos porteros, todos á caballo. Veíase luego al fiscal de la Inquisicion; conduciendo el estandarte de la fé, que lucia sus magnificos bordados de oro y plata sobre su damasco carmesí, llevando la borla derecha el señor D. Inigo Hurtado de Mendoza, y la siniestra uno de los mas antiguos oidores de la Chancillería.

Tras el estandarte aparecieron los alcaldes del crimen y los oidores con todos sus dependientes; en pos las religiones por su orden: primero los padres capuchinos, luego los recoletos agustinos, los mercenarios, trinitarios y carmelitas descalzos, los mínimos de San Francisco de Paula, mercenarios, trinitarios y carmelitas calzados, agustinos, franciscanos y dominicos, entre los que era notable por su modesta apostura fray Anton de Lérida.

Marchaban luego los graves ministros eclesiásticos, notarios, comisarios y calificadores, por orden de antigüedad, de dos en dos, montados en poderosas mulas con gualdrapas negras, llevando veneras en los pechos y hábitos de Inquisicion en los vestidos, fuera de los que eran religiosos, que tan solo llevaban veneras.

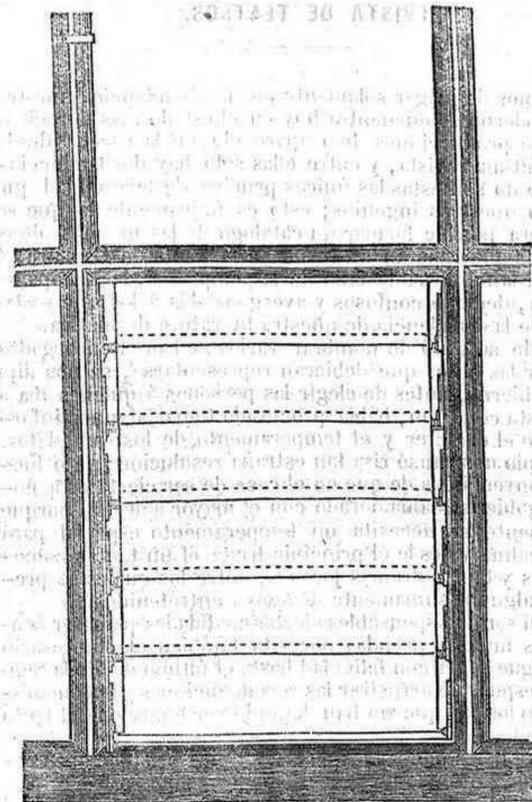
Las dos secciones de la procesion, la de los reos y la del tribunal, estaban divididas en trozos, cuyo gobierno habiase encomendado á varios señores de la mas alta nobleza, que se distinguian por sus largos bastones negros con remates y adornos de plata.

Tras de tan notable variedad de clases y corporaciones aparecieron los señores inquisidores sobre briosos caballos con sillas y gualdrapas de felpa morada; tocadas de cintas, con jaeces y borlas correspondientes, acompañados de doce lacayos con lujosísimas libreas de terciopelo morado.

Veíase por último haciendo la guardia al muy magnífico señor conde de Tendilla (dice el cronista de quien tomamos estos pesados y minuciosos detalles) con una gala muy rica y digna de tal príncipe en tal funcion. Iba vestido de tafetan negro de lustre, bordado de blanco y plata, profusamente sembrado de diamantes el trencillo, la venera y la rosa del sombrero, y airoosamente á caballo, con silla y estribos de plata á martillo, de tan preciosa como curiosa labor, con un encintado vistoso que formaban una *primavera de matices*, haciendo que pareciese el caballo una *montaña de flores*.

El muy noble conde iba al frente de sesenta soldados que habia sacado de su servidumbre y armado á su costa. Vestia esta improvisada tropa hermosas ropas de raso negro con cabos de plata, guarnecidas con encaje del mismo metal, luciendo airosas plumas blancas y negras en los sombreros, y brillantes armas en las manos.

Al salir las procesiones batieron los alféreces las banderas; y los soldados hicieron salva; los tiros y las bombardas respondieron á lo lejos como un eco de la ciudad; la muchedumbre lanzó un inmenso *viva* á la fé y un ardiente *muera* á la



Ventilador de resortes.

En tanto el benévolo lector, adelantando á la procesion, recorrerá con nosotros estas calles, y se detendrá en una casa situada entonces en la esquina derecha de la calle de Loarte, situada al final de la de Elvira.

Esta casa se hacia notable en aquellos tiempos por un ángel con una cruz en las manos groseramente pintado en una tabla suspendida sobre la puerta, y que daba nombre á la casa, pues era esta conocida con el de *la Hosteria del Angel de la Cruz de Plata*.

Aquel dia ardia el farol ante la imágen del ángel y las ventanas todas estaban adornadas de una apiñada muchedumbre de curiosos y de abigarrados paños de colores. Por las ventanas salia un olorillo que ahora llamariamos *confortable*, mezclado al ruido de una inmensa bataola de alegres y estrepitosas voces.

Maese Cantalejo, el hostelero, aprovechaba la solemnidad del dia, y la situacion de su hosteria, para llenar sus arcas y vaciar su despensa.

Penetrando cualquiera en la hosteria habria visto que se componia de un estenso patio, con su cocina y despensa, y un corralon donde se veia un callejon estrecho y oscuro, que terminaba por una puerta falsa que desembocaba en la calle de Loarte, puerta cerrada siempre cuidadosamente, por aquello, decia maese Cantalejo, de que casa con dos puertas es mala de guardar. En el piso superior hallábase una larga sala y varias otras habitaciones, no siendo necesario advertir al lector que todas, incluso el patio y el corral, estaban llenas de gentes, que producian un zumbido atronador con sus alegres gritos y animadas conversaciones.

Cualquier indiferente al entrar en la hosteria de maese Cantalejo hubiera oido las animadas conversaciones de los del patio y sus ruidosos brindis. Acaso se habria detenido un momento en el corral para escuchar los alegres y un tanto picantes dichos y el tañer de la vihuela que presidia al baile vivo y desembarazado, apartándose como prudente para evitar un lance pesado de la puerta del oscuro callejon, donde ante una mesa llena de botellas disputaban y bebian hombres de no agradable catadura.

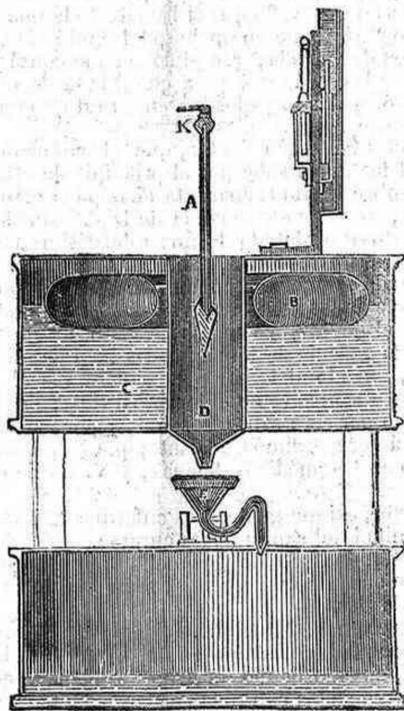
Volviendo atrás, y despues de subir los altos peldaños de la estrecha escalera, encontrando lo mismo en toda la casa, al querer penetrar en la sala se habria detenido un momento ante su cerrada puerta. Maese Cantalejo, apareciendo entonces súbitamente, le habria dicho que aquella habitacion estaba tomada con mucha anterioridad por diferentes familias para gozar de la fiesta, convidándole al fin con una mesa cercana donde ámpliamente podria satisfacer su apetito. Pero nuestro entendido lector, encontrando acaso algo de misterioso en el aspecto general de los bebedores y gastrónomos del patio; no poco de afectacion en la alegría de los bailarones del corral; cierto dejo de razon en los acalorados bebedores de la mesa del callejon, y mucho que sospechar tras la cerrada puerta de la sala, al recibir las excusas de maese Cantalejo, se habria sonreido tal vez con cierta afectacion, y tras una ligera señal y ciertas palabras misteriosas, el hostelero habria abierto, aunque con cautelosa reserva,

la puerta de la misteriosa sala. Ya dentro, se hallaria entre una numerosa reunion de hombres, que le acogieron con un nombre bárbaro, con un nombre morisco, no pocos apretones de manos y de guardaos Alláh. Tranquilos ya todos al ver entrar á uno de los suyos, nuestro pacientísimo lector habria visto brillar tras los trajes de fiesta las armas ofensivas y defensivas, encontrándose al fin, aunque á su pesar, según presumimos, conspirador entre una reunion de conjurados próximos á alzar la bandera de la rebelion.

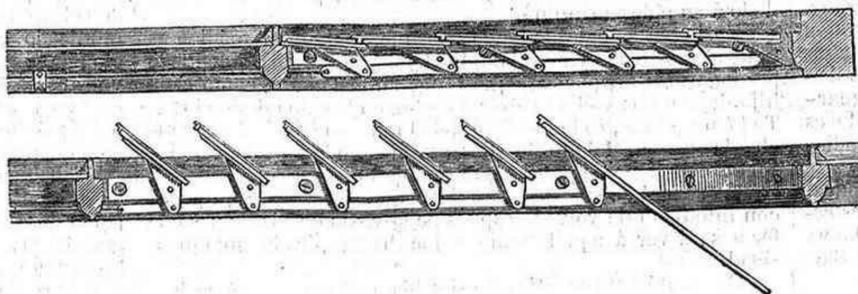
Allí habria reconocido á varios de nuestros ya olvidados personajes Berbus, Macox, Rendatin. —Rendatin, dijo entonces Macox dirigiéndose al atlético morisco, por Alláh que tarda mucho la procesion ¿Habrá por desgracia acontecido algo que nosotros no hayamos podido prever?

Un viva ardiente á la fé, que fué recorriendo la calle, interrumpió al morisco.

—Ya lo ois, hermano, contestó un venerable anciano vestido con el humilde traje de los peregrinos, la serpiente se agita y abre sus fauces ardientes. Y tras un momento de reflexion, añadió: Nuestros desventurados hermanos llegan en este momento á la mitad de la calle, preparados y apercebidos, porque muy en breve sonará la hora en que se cumplirá lo que está escrito.



Reloj hidráulico.



Ventilador de resortes.

(1) Urbano IV, 1261, *Pro cunctis*.—Clemente IV, 1265, *Licet ex omnibus*.—Gregorio VIII, 1253, en su *Bula ille humani generis*.—Adriano V, 1259, *Firmissime tenet*.—Calisto III, 1458, *In iunctum nobis*.—Clemente VII, 1550, *cum sicut*.—Pío V, *super gregem domini*, etc., etc.

(2) En algunos casos ni aun el que confesaba y se arrepentia de su herejia se libraba de ser quemado vivo, pues se le tenia por *ficto confitente*; que confesaba por temor á la pena.

—Venerable faquí, dijo Rendatin al anciano, apartaos de estos lugares, yo os lo ruego. Hasta aquí hemos necesitado de vuestros venerables consejos; pero ya llegó la hora de la ejecución, y un tiro de arcabuz, una flecha perdida pudieran, dirigiéndose á vos, dejar á nuestro infortunado pueblo en la orfandad.

—Oh! demasiado sé, exclamó tristemente el anciano, que cuando Joraique haya cesado de vivir, sobrevendrán grandes desgracias á los creyentes; porque yo soy el último Mufti de Andalucía. Pero hoy siento mis piés clavados á esta tierra, y este es un mandato de Alláh; por el que me anuncia que acaso pueda evitar grandes males. Si al estallar la tempestad abate el rayo á la vieja y carcomida encima, se habrá cumplido lo que está escrito desde la eternidad de los tiempos.

La puerta de la sala abrióse entonces, y tras ella apareció el servicial dueño de la hostería; y, cosa rara! maese Cantalejo no era ya el humilde hostelero. Irguióse al entrar, y su mirada brilló como la del águila próxima á lanzarse sobre el halcón.

Al verle, todos se alzaron con un movimiento unánime.

—Oh Hardan! qué hay? exclamó Berbuz dirigiéndose á él.

—Ois, ois? contestó Hardan ó maese Cantalejo dirigiendo su mano en señal de atención al creciente clamoreo de la calle: las víctimas y los verdugos se acercan... nuestros hermanos están prontos en todas partes, y Aben-Farax, desde la Alhambra, solo espera ver brillar la convenida señal en la puerta Monaita (1).

—Los que mueren en la guerra santa, exclamó Joraique, viven siempre con el profeta, hermanos míos; si la lucha es posible, debemos intentarla y morir por nuestros hermanos y por nuestra sagrada religion; entonces nos aguardan ya las inmortales huries; empero si no fuese posible la lucha, debemos bajar nuestra humilde cabeza ante la voluntad de Alláh. Este será el verdadero heroísmo; porque ¡habrá alguno de entre nosotros que no quiera gastar el férreo calzado de la servidumbre, aunque sea caminando en la negra senda de la muerte?

—Adelante, adelante por el profeta, dijo Berbuz levantándose.

Los conjurados todos se alzaron, y sacudiendo sus tabardos, dejaron brillar sus ocultas armas.

Hardan, saliendo de la sala, como una chispa de fuego que brota del foco, hizo conmovir con su presencia, aunque de una manera poco perceptible para un extraño, á los disfrazados huéspedes de su casa.

Con esto, todo volvió á recobrar su aspecto de una hostería concurrida.

Entonces la puerta falsa se abrió misteriosamente.

En estos momentos llegó la procesion á la puerta de la hostería, que se llenó de una inmensidad de curiosos, ansiosos todos al parecer de contemplar á los reos.

Doña Elvira de Mendoza, que venia de contemplar la procesion desde una casa de la calle de Elvira, marchaba á ocupar su balcon en el cadahalso, acompañada de su bellísima hija, y seguida de doncellas y pajes, se vió detenida en su camino y tuvo que pararse á la puerta de la hostería. Mas viendo que la procesion asomaba, y que con ello se aumentaba la confusion, para aguardar, entraron en ella.

La compacta multitud se dividió entonces en dos filas, y la familia del noble marqués de Mondéjar penetró en el Angel de la Cruz de Plata. Mas de una mirada satisfecha se vió brillar entonces entre aquella muchedumbre. También la víctima mojaba sus secas y hambrientas fauces, y en caso de pérdida, habia cogido rehenes capaces de darle una segura retirada.

La procesion llegó al fin á la puerta de la hostería.

Pasaron primero D. Diego Monte con sus

(1) De la bandera, porque cuando ocurría algun motin ó amago de guerra, se enarbolaba una bandera, para reunir en ella á los soldados scenitas que vivian en el barrio del Zenete.



Grupo de dos jóvenes.

soldados de la fé y la cruz de la Merced, y los sacerdotes y los familiares; empero al llegar los reos, un ardiente muera á la herejía salió del Angel de la Cruz de Plata; llenáronse de espectadores las ventanas, y los de las habitaciones bajas, ansiosos de ver tambien á los reos, se precipitaron á la puerta; pero llena esta de gente, los de adentro empujando á los de la puerta hacia la calle, cortaron la procesion, cuando ya habian pasado los reos. Entonces recorrieron sordos y extraños rumores entre aquella multitud que todo lo invadía.

—¡Que no se salve uno solo de los reos! gritó una voz.
—Ni los penitenciosos, añadió un espectador de atléticas formas, Macox.

—A la hoguera con todos! rugió la muchedumbre.

—A la hoguera!

—Al brasero los recon il! dos!

—A colgarlos de las ventanas de la hostería.

Entonces la multitud se lanzó sobre los reos y se apoderó de ellos tras una breve lucha entre los alborotadores y D. Diego Monte con sus milicianos, que fueron prestamente arrollados, y él conducido como por sola la fuerza de la muchedumbre hasta la puerta de la hostería, donde se refugió el sorprendido hidalgo.

Doña Elvira, conducida á la procesion por la necesidad de su posicion, y algo del instinto de su época, sin ver un peligro, pero temiéndolo con su instinto de madre, protegía á su bellísima hija cubriéndola con su cuerpo.

La noble señora oyó el rugido de la multitud, tendió la vista á todas partes, y solo vió hombres de aspecto feroz, con las armas en las manos; y á D. Diego Monte rodeado de gentes amenazadoras; mas cuando se fijaron sus ojos cerca de sí, tras la penumbra que proyectaba la ventana, halló un peregrino, al parecer indiferente á todo, completamente embozado en su hábito y con el ala del sombrero sobre la cara.

—Peregrino, díjole la marquesa con espresion de honda angustia; protegéd á mi hija, amparados.

El peregrino, siempre cubierto el rostro, se acercó á Doña Elvira.

—Nada temais, noble señora, díjola misteriosamente.

Doña Elvira al escuchar esta voz protectora que ella misma habia invocado, sintió penetrar primero la duda y luego el espanto en su corazon.

Hubo entonces un momento en que la muchedumbre calló, y en que hubiera oido la de Mondéjar el rodar de la sangre por sus hinchadas arterias.

El misterioso peregrino se acercó mas hacia la marquesa.

—Señora! señora! la dijo con voz tan triste como la del cisne que muere, y dirigiéndose á Doña María: ¡Ellos se aman con un amor que, vos lo sabeis, es imposible!

—¿Pero quién sois vos? dijo débilmente Doña Elvira.

El peregrino descubrió un punto de su rostro. La marquesa al verle lanzó un ahogado grito, y cayó desmayada en los brazos de su hija.

CAPITULO XVI.

El cadalso.

La procesion, cortada por la muchedumbre que se agolpaba á las puertas de la hostería, sintió naturalmente ese obstáculo hacia su fin.

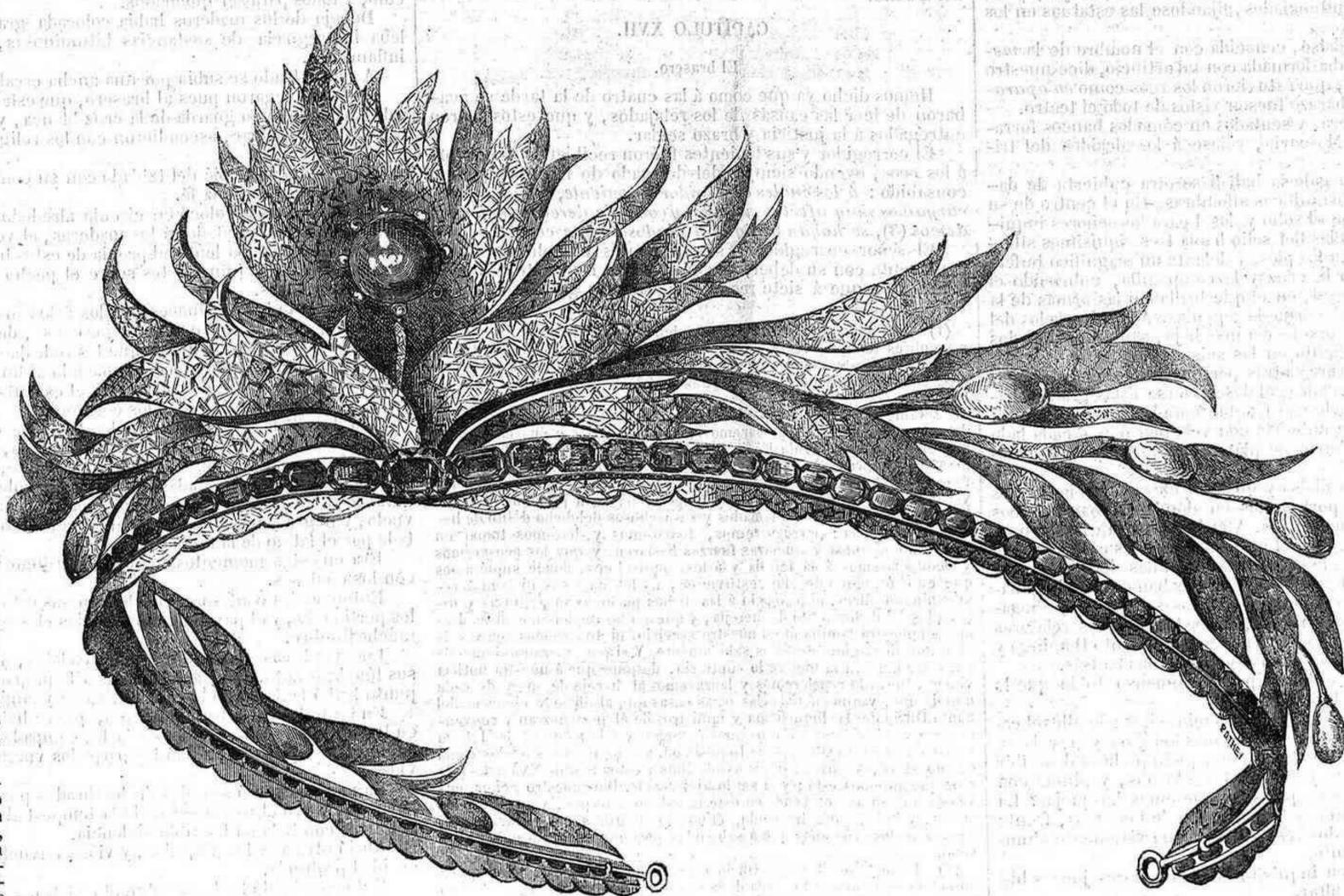
Todos se apercibieron entonces de que el pueblo, exaltado en su fé, queria acabar con los reos, interrumpiendo así el auto, y, como si dijéramos, cortando por lo sano.

Asustado vió que D. Diego Monte habia sido arrollado, y por consiguiente lo que él creia el peligro de los reos. Animó á los suyos y se lanzó á la pelea, encomendando antes á Sancho Camargo que sa-
liera á la cabeza de la procesion, marchando por la calle de Loarte á la puerta de Elvira.

Sancho comprendió su camino; mas al llegar adonde vuelve la calle, observó gran movimiento en una puerta de humilde apariencia. Por uno de esos movimientos propios solo del instante del soldado viejo, lanzóse Sancho con sus soldados tras ella. Entonces sintió un grito de alarma recorrer la casa, y avanzando por un oscuro callejon, llegó á un patio lleno de hombres armados que, con no poca sorpresa de Camargo, conducian á los reos hacia la puerta por donde él habia entrado.

Sancho comprendió entonces que se hallaba dentro de la hostería del Angel de la Cruz de Plata.

Los conjurados al ver á los soldados asomar tras la puerta por donde ellos iban á salvar á los



Diadema.

reos, creyéronse perdidos; y alcanzando á la vez la inutilidad de toda resistencia, al llegar Camargo en todas partes veía apartarse aquella gente que él creía ávida de la sangre de los reos.

Sancho llegó á la habitacion donde se habian refugiado Doña Elvira y su hija, encontrando desmayadas á las dos nobles señoras.

Los conjurados se dispersaron entonces por ambas puertas. Astasio habia penetrado tambien en la hostería, llegando á tiempo de salvar al veinticuatro de una muerte demasiado cierta.

Al ver los conjurados al escudero, habian querido acabar antes con el vencido caballero, y observándolo Astasio habiase lanzado a ellos con la rapidez de la tromba. Empero presto se halló estrechado tambien por la multitud, que paraba sus esfuerzos ahogándole. Sintió que el acero penetraba sus carnes, y un vertigo pasó ante sus ojos.

Entonces vió el infeliz a Doña María, é hizo un esfuerzo sobrehumano, logrando solo llegar hasta el veinticuatro.

En aquel momento y al adivinar el peligro de su amada, el desventurado temió morir.

El peregrino, que pulsaba á las dos desmayadas señoras, alzó acaso la cabeza y vió el peligro de Astasio.

Lanzóse rápido al escudero, y la muchedumbre que le oprimía se abrió con respeto ante él.

Entonces llegó a la sala el grito de alarma que habia resonado en el patio, y los conjurados se dispersaron, como hemos dicho, á punto de asomar por la puerta Camargo con sus soldados.

El peregrino volvió entonces á ocultarse tras su manto y el ala de su sombrero, en la penumbra de la estancia.

D. Diego Monte le observaba con la avidez de la hiena que ha encontrado un rastro de sangre.

Sancho vió entonces que su amigo estaba ligeramente herido.

Doña Elvira y su hija volvieron presto á la vida, y tras un breve rato, repuestas ya de su terror, marcharon hacia el Triunfo acompañadas de dueñas y rodrigones.

Vueltos otra vez los reos á la calle, y puesto todo en orden, la procesion continuó como si nada hubiese acontecido.

—Oh! se habia dicho D. Diego Monte, antes de ponerse al frente de sus milicianos de Cristo... Que ellos se amaban ya me lo sabia yo!... que ese amor es un imposible, tambien. Pero... ¿qué quiere decir el interés de ese misterioso peregrino?... Ese hombre es forzosamente el nudo que sostiene ambos extremos!

¿Qué significa, continuó luego meditando, la emocion de Doña Elvira al escuchar su voz, y su desmayo al contemplar su rostro?...

¡Si yo lograra apoderarme de ese hombre!

Al fin, añadió luego, elevando con el pulgar y el índice las puntas de su espeso bigote, creo que el acaso me ha hecho encontrar en esta hostería una arma de dos filos, para obligar á unos y herir á otros sin misericordia.

En estos mismos momentos llegaba la procesion á la plaza.

El cortejo avanzó y todos entraron en el cadalso.

Componiase este de un estenso tablado en forma de paralelogramo, colocado cerca de la puerta del convento de la Merced.

Subiase al cadalso por dos escaleras, destinada la una para la procesion de los reos, y la otra para la del tribunal. Aquellos dieron una vuelta por el tablado, acompañados de familiares y sacerdotes, y luego tomaron todos asiento en un gradario de seis peldaños, colocados á la siniestra mano, ocupando la primera y segunda grada los condenados á relajar, y las últimas las demas penitenciados, fijándose las estatuas en los antepechos.

Esta parte del cadalso, conocida con el nombre de la *media naranja*, se hallaba formada con tal artificio, dice nuestro concienzudo cronista, que estuvieron los reos como en *aparador* para que sin embarazo fuesen vistos de todo el teatro.

Al fin de la escalera, y sentados en cómodos bancos forrados con baqueta de Moscovia, veíase á los alcaldes del tribunal.

En frente de esta galería hallábase otra cubierta de damasco carmesí y de magníficas alfombras. En el centro de su parte superior se puso el solio y dosel para los señores inquisidores. Sobre las gradas del solio habia tres riquísimos sillones con almohadones á los pies, y delante un magnífico bufete sobre el que estaban la cruz y la campanilla, cubriendo el solio un lujosísimo dosel, en el que brillaban las armas de la Inquisicion, y las reales bajo de aquellas. A los dos lados del dosel y sitial, y como una tercia mas bajo, sentáronse los dos cabillos, tomando asiento en las seis gradas las religiones, calificadores, comisarios y otras personas de calidad.

En el plano del cadalso, al descenderse estas gradas, hallábase el altar adornado con frontal morado bordado de oro: sobre él la cruz verde cubierta con velo negro, y á cada lado seis magníficos blasones de plata, con el púlpito á la derecha.

En el centro del cadalso y en sitio elevado, veíanse dos estrechas jaulas con portezuelas en donde estaban los reos cuando se leían sus sentencias. A cada lado una catedral para que estas se leyeran, y en el intermedio de las catedras y de las jaulas, bufetes donde estaban las arquillas de las causas. Enfrente de estos bufetes habia no pocos bancos, donde tomaban asiento por orden de antigüedad los secretarios, abogados de presos y otros ministros, precediendo á los relatores de la Chancillería, que con diez religiosos de Santo Domingo y San Gerónimo, asistieron al auto para leer las causas.

El cadalso estaba cubierto por un inmenso toldo que lo resguardaba de los ardores del sol.

Renunciábase á describir con mas minuciosos detalles el cadalso por no alargur esta relacion, mas enojosa y pesada va de lo que quisieramos. De otra parte, ¿quién pudiera describir tanta riqueza en los trajes y en los adornos, y pintar con vivos colores esta escena que solo queremos bosquejar? La brutal alegría de los unos y la exaltacion de los otros, frente á la horrible agonía de los reos. Esta escena vivamente alumbrada por un sol ardiente.

Llegaba la procesion inquisitorial, los señores jueces hicieron oracion ante el altar.

Entonces comenzó la misa.

Concluido el *introito* sentose el celebrante, y subió al púlpito el secretario mas antiguo del Santo Oficio.

Todos se pusieron en pié, y á tanto ruido, á tanta animacion sucedió un silencio profundo.

El secretario abrió el libro de los Sagrados Evangelios, y leyó la fórmula del juramento (1), á que contestó el pueblo *amen* con sus millares de voces.

Entonces bajó el secretario, y previa la bendicion del señor inquisidor decano, subió el predicador al púlpito.

Nosotros no nos queremos detener en esta oracion, pues nuestros lectores comprenderán muy bien de cuánto seria capaz un dominicano en semejantes tiempos, y ante semejante auditorio para enaltecer la llamada *costilla episcopal* (2).

Acabado el sermón, el señor inquisidor decano hizo señal con la campanilla, y al punto los alcaldes bajaron un reo y le encerraron en una de las jaulas, al mismo tiempo que un relator tomando el proceso leyó *a go* de la causa, la acusacion fiscal y la sentencia.

Antes de concluirse con un reo ya habia otro colocado en otra jaula y otro relator en otro púlpito apercebido para que no hubiera la mas pequeña interrupcion, sacando las causas de las arquillas los secretarios del Santo Oficio.

Mientras se procedia á esta relacion, uno de los reos condenados á ser quemado en persona pidió audiencia por medio de su confesor, y habiéndosela otorgado hizo confesion de su herejía, manifestando los mas vivos deseos de volver á entrar en el gremio de la Iglesia, por lo que, y usando de su *acostumbrada clemencia*, el santo tribunal le absolvió y libró de ser quemado vivo, destinándole á ser engarrotado y quemado luego su cadáver.

Cerca de las cuatro de la tarde acabáronse de leer las causas de los relajados; entonces fuéron estos conducidos á una pequeña plazuela formada con vallas á los pies del cadalso, y el secretario de lo secreto hizo de ellos formal entrega al señor corregidor y sus tenientes; concluido lo cual continuó en la lectura de las demas causas. Acabada esta, fuéron llevados los demas reos, que hicieron de rodillas su terrible abjuracion, contestando luego acerca de los artículos de la fé. Despues fuéron exorcizados, y previas algunas oraciones, su señoría se hincó tambien de rodillas, y la capilla cantó á fá bordon el *Miserere*, y en tanto los comisarios del Santo Oficio, revestidos con sobrepellices, daban con unas varillas en las espaldas á los reconciliados. Despues recibió el señor inquisidor decano otras varias oraciones, y comenzó el himno *Veni creator*, que continuó la capilla; y al punto cayó el velo, y los reos fuéron absueltos con varias ceremonias.

Absueltos los reos, hicieron salva los soldados de la fé y prosiguó la música.

Entonces alzose de su asiento el celebrante y prosiguió la misa interrumpida por tantas horas.

Los reconciliados tuvieron las velas encendidas durante el Evangelio, y desde que tocaron á *Sanctus* hasta consumir.

Concluida la misa, que seria como á las diez de la noche, la procesion volvió al palacio del tribunal, casi en la misma forma que habia marchado al cadalso.

Cierto número de familiares y ministros se encargaron de los reos, y yendo delante la cruz de la Merced, acompañada de doce sacerdotes con sobrepellices y uno con capa pluvial, fuéron conducidos al Santo Oficio, siendo tapiada al punto la puerta exterior de las cárceles secretas.

Al mismo tiempo la comunidad de los padres trinitarios llevó á su iglesia en procesion la cruz verde, y la depositó en el altar mayor.

Entonces triste y monótona vibró once veces la campana del reloj del Hospicio, y se oyó á lo lejos el ronco bramido del trueno.

CAPÍTULO XVII.

El brasero.

Hemos dicho ya que como á las cuatro de la tarde se acabaron de leer las causas de los relajados, y que estos fuéron entregados á la justicia y brazo seglar.

El corregidor y sus tenientes fuéron recibiendo uno á uno á los reos, oyendo siempre del delegado de la Inquisicion el consabido: *á los cuales corregidor y teniente, rogamos y encargamos muy afectuosamente, y como de derecho mejor podemos (3), se hayan benigna y piadosamente con él.*

El señor corregidor y sus tenientes cumplieron lisa y llanamente con su deber, declarando que las estatuas debian ir al fuego, que á siete reos debia dárselos garrote antes de

(1) Nos el corregidor y alcaldes, alguaciles, caballeros, regidores y hombres buenos, vecinos y moradores de esta muy noble ciudad de Granada, y de otras cualesquiera ciudades, villas y lugares de estos reinos, como verdaderos y fieles cristianos, obedientes á la santa madre Iglesia:

Juramos y prometemos por los Santos Cuatro Evangelios que delante de nos están puestos, que daremos y haremos tener y guardaremos y haremos guardar la santa Fé de Jesucristo, y lo que la santa Iglesia romana tiene, predica y manda; que esta santa Fé con nuestras fuerzas todos defendéremos en tal manera, que los herejes y los que los creyeren, defendieren y recibieren y ampararen, sean prendidos y castigados, y asimismo los difamados y sospechosos del dicho delito de herejía y apostasia: perseguiremos, tomaremos y haremos tomar en cuanto pudiéramos y nuestras fuerzas bastaren, y que los acusaremos y denunciaremos á la Iglesia y á los inquisidores, donde supiéramos que ello ó alguno de ellos estuvieren: no les daremos ni cometeremos ningun oficio, ni beneficio á las dichas personas sospechosas y difamadas del dicho delito de herejía, y que no los recibiremos ni tendremos en nuestra familia ni en nuestro servicio, ni tomaremos consejo de ellos, ni de alguno de ellos sabidamente. Y si por ventura alguno de ellos con ignorancia hiciere lo contrario, despues que á nuestra noticia viniere, luego lo repeleremos y lanzaremos al hereje de los y de cada uno de nos, y que en todas las otras cosas que al oficio y ejercicio del Santo Oficio de la Inquisicion y ministros de él pertenezcan y convenian seremos obedientes á Dios nuestro Señor y á la Santa madre Iglesia romana y al Santo Oficio de la Inquisicion, así con nuestros oficios como con nuestras personas, así nos ayude Dios y estos Santos Evangelios y la cruz que ante nos está; y si así lo hicieramos, Dios nuestro Señor, cuya es esta causa, nos ayude en este mundo los cuerpos, y en el otro las almas, y lo contrario haciendo, él nos lo demande mal y earamente, como á malos cristianos que á sabiendas perjuran su santo nombre en vano.

(2) Llamábase el Santo Oficio *costilla del episcopado*, pues que á imitacion de la cruz formada de la costilla del hombre, la jurisdiccion inquisitorial fué arrancada á la de los obispos.

(3) Libro del *Orden de procesar la Inquisicion*, f. 31.

ser abrasados, y que Yahye y otros dos mas debian de ser quemados vivos como pertinaces.

El bueno del corregidor y sus tenientes, oido el ruego en derecho del Santo Oficio, leyeron el derecho en las insignias de los relajados, y despues de haber hablado en nombre de la asendereada Temis, tomaron el camino del brasero, acompañados de gran número de soldados de la fé, religiosos que exhortaban á los reos, verdugos y pregonero.

De tiempo en tiempo paraba el fúnebre cortejo, y el pregonero repetia las sentencias de los reos, á que contestaba el pueblo con frenéticos gritos, y esos mozalbetes desarrapados y esas mozuelas perdidas, cieno asqueroso que nunca deja de surgir de lo mas bajo del pueblo al soplar la cólera del poder, los insultaban y escarnecian, ya con burlas acerca de lo pasado, ya con horribles parodias de su futuro y próximo destino.

Los reos confesos caminaban tristes y abatidos con las cabezas bajas. Los llamados pertinaces, entre los que se contaba Yahye, eran sostenidos en sus cabalgaduras por los ayudantes del verdugo, y al bramir los muchachos y las prostitutas, y al rugir el pueblo exaltado, ya que no podian alzar la cabeza ó los brazos triturados por el tormento, brillaba en sus ojos el relámpago de la cólera, como al soplar el viento chispea un ascua entre las cenizas del hogar abandonado.

Tras de los reos y muy cerca del grupo curialesco, caminaba sobre un asno una muger con hábito de reconciliada en forma y mordaza á la boca.

Nuestros lectores comprenderán sin duda que esta desventurada era Aurora, condenada á presenciar la ejecucion de su hijo, y á ser encerrada para siempre en Almería, bajo la custodia de fray Anton de Lérida, que caminaba á su lado, intentando con sus exhortaciones apartar la atencion de la morisca, fija, con la atencion del delirio, hacia el lugar donde caminaba su hijo.

Al pasar Aurora, con su pálido rostro, donde el dolor habia posado hondamente su sangrienta mano, con su mirada hosca y rígida apagó mas de un sarcasmo próximo á salir de alguna boca inmunda, desconcertando á los autores de alguna horrible parodia, porque, aun á los ojos del mas prevenido, habia mucho de imponente y solemne tras de esa muger cuya belleza ajura el dolor, cubierta con el sudario inquisitorial.

La fúnebre comitiva continuó así caminando por la calle Real de San Lázaro, hasta que llegó al quemadero.

Aun se hace notable en Granada, en la ciudad de la espontánea vegetacion y de las flores, lindando con el puente del Béiro entre risueños bancales donde brilla el verde esmeralda del trigo, un espacio arenoso é inculto, donde apenas crece alguna planta cubierta de espinas, campo de cenizas que no huella en el invierno el solitario y vivaz pitirrojo, sembrado de profundos hoyos, donde al llegar cesa el canto de la aldeana, y el labriego aguija el paso de sus cabalgaduras al oír durante la noche el quejido del cierzo, que se revuelve entre restos de animales inmundos.

Sin duda la cólera del Omnipotente, que sembró de sal á Sodoma y á Gomorra, pesó sobre ese lugar donde los inquisidores encendian su brasero, la llamada hoguera de la fé, y en donde la posteridad, que enaltece cosas bien pequeñas, no ha levantado una cruz, la insignia de la paz ó del olvido!

Sobre los cuatro postes que se alzaban aun en este trágico lugar há pocos años, los inquisidores habian hecho levantar un estenso tablado, donde se podia ver una línea de círculos, por cada uno de los cuales salia un elevado madero para atar los reos, los unos para sufrir previamente la pena de garrote, los otros para que presenciaran este espectáculo, y todos para ser quemados.

Debajo de los maderos habia colocada gran cantidad de leña impregnada de sustancias bituminosas, y vivazmente inflamables.

A este tablado se subia por una ancha escalera.

Los reos llegaron pues al brasero, que estaba coronado de soldados de la fé en guarda de la cruz blanca, y aquellos, despues de descabalar, ascendieron con los religiosos y los ejecutores.

Aurora quedó al pié del tablado con su confesor, entre un grupo de soldados de la fé.

La multitud se colocó en círculo alrededor del tablado. Los reos fuéron atados á los maderos, el verdugo comenzó su oficio, y con la lentitud propia de estos horribles espectáculos, viéronse al fin inertes sobre el pecho las cabezas de los siete confesos.

Entre tanto los pertinaces, atados á los maderos, hacian gala de un estoicismo digno de mejor causa, despreciando las exhortaciones de los religiosos que los rodeaban.

Un silencio de muerte habia sucedido al fin á tanto movimiento, y ante esos siete cadáveres, el espanto se habia apoderado rápidamente de todos los corazones.

Era llegada la hora en que lucha la noche con el ya casi vencido dia. Impelidas por el viento las nubes, corrian como raudos fantasmas á amontonarse hacia Levante, donde perdian sus pálidas tintas, devoradas por el rojo color que parecia abrasar el horizonte; los tímidos vencejos elevaron su rauda vuelo, y negra y tenebrosa llegó al fin la perezosa noche, azotada por el látigo de la tempestad.

Era en estos momentos cuando el verdugo habia acabado con los confesos.

Entonces los confesores redoblaron sus esfuerzos cerca de los pertinaces, y el pavor tendió sus frias alas sobre la callada muchedumbre.

Los verdugos descendieron del cadalso, y encendieron sus fúnebres antorchas; aplicáronlas á la preparada leña, y al punto brilló la llama en el cadalso, voraz y rugiente.

En tanto la desventurada Aurora, que se habia desmayado en los brazos de los soldados de la fé, compadecidos al fin de su horrible infortunio, abrió los párpados vuelta otra vez á la vida.

La morisca cerró sus ojos deslumbrados por la luz del relámpago, y oyó el ronco sonar de la tempestad que bramaba entonces con toda su horrible violencia.

Abrió otra vez los párpados, y vióse envuelta en una oscuridad profunda.

Entonces brilló la llama sobre el cadalso.

A su luz vió la desventurada la negra sombra de la muchedumbre.

Aurora sintió galvanizar su muerto corazón un deseo sin anhelo, un terror sin nombre.

Alzó la cabeza, y tras el negro perfil de los soldados de la fé, fuertemente recortado, distinguió la llama del incendio, que contempló con ojos espantados.

Vió que varias masas inertes dominaban la hoguera, mas á poco, tres de entre esos inmóviles objetos comenzaron á agitarse con horribles convulsiones.

Entonces miró ya la pobre morisca, y vió que la llama devoraba á Yahye, al hijo de sus entrañas!...

La desventurada madre lanzó un grito horrible tras de la mordaza, y cayó desplomada al suelo, presa de un mortal desmayo.

La hoguera habíase apoderado al fin de los reos.

La muchedumbre viólos primero retorcerse inútilmente ante el calor de la cercana llama, después, al prender en sus pintarrajeados sudarios, los envolvió del todo; pero al consumirse los sambenitos y los capotillos, quedaron ante la multitud tres objetos informes y sangrientos, que lanzaban horribles imprecaciones y gritos envueltos en oleadas de sangre!...

Ante espectáculo tan horrible, nadie paraba su atención en los cadáveres de los confesos, que ardian lentamente, ni en las estatuas, que habia ya consumido el incendio.

Los frailes que descendieran antes del brasero, entonaron el salmo *exurge Domine*...

Dobláronse los maderos quemados por el fuego, ó este acabó con las ligaduras, y los reos cayeron entre las ascuas de la inmensa hoguera.

Incendióse al fin todo el tablado, y el cadalso no fué ya mas que un cráter hirviente!...

Los frailes seguian en tanto sus fúnebres cantares...

Lentamente cesó al fin la luz de la hoguera.

Aproximáronse los verdugos armados de garfios de hierro, y aventaron las cenizas.

Concluida esta ceremonia, abriéronse las compuertas del Beiro.

Las aguas del Beiro, de ese rio de cauce siempre seco, engrosado entonces con todas las que pudieron dirigirse á él, marchó rugiente hácia el brasero, arrastrando en pos de sí los restos del incendio, envueltos con las cenizas de los relapsos.

Los frailes tomaron luego la cruz blanca, y entonando sus lúgubres salmos, seguidos de los soldados de la fé, que cargaron en un asno á la moribunda Aurora, y acompañados todos de la aterrorizada multitud, emprendieron el camino de la ciudad.

A poco perdiéronse en el espacio los últimos ecos de la salmodia... apagose lentamente la voz de la tempestad, y poco á poco fueron perdiendo las estrellas sus trémulas tintas azuladas.

Aparecia en el horizonte, envuelta entre tenaces vapores, la luz del pálido crepúsculo, precursor de la rosada aurora.

A sus resplandores inciertos púdose ver entonces, cerca de la hoguera abandonada, una forma humana, de rodillas y con el rostro vuelto al Oriente.

El que así oraba sobre la hoguera de los malditos, cuyas cenizas habíanse lanzado á los vientos, era Farax-Ahen-Farax!

El morisco alzó la cabeza, y vió á lo lejos á Granada, al nido de sus opresores, muellemente adormida á los piés de la blanca sierra, deslumbrante con la luz del día.

El abencerraje besó las cenizas de la hoguera, y desapareció entre los matorrales tras el cauce del Beiro.

Entonces brilló el día en todo su esplendor; pero un día de mayo, con sus perfumadas auras y sus gayas flores y sus alegres pajarillos que, perdidos entre los floridos espinos, ó á la margen del limpio arroyuelo, entonaban su misteriosa y dulce cantiga de amores.

CAPITULO XVIII.

La vergüenza.

A las diez de la mañana del día 4 de mayo, es decir, del siguiente día, la plazuela de los Girones, entre cuyos cantos vemos ahora crecer la yerba y el musgo, ese solitario y mudo cuadrilongo estaba lleno de una gran multitud, cada vez mas compacta, con los honrados y curiosos vecinos que continuamente á ella se dirigian. Pero desgraciadamente para estos, la pequeña plazuela estaba, como hemos dicho, completamente llena; y cual acontece á los rios que al dar en la mar, en su invasion tropiezan con un obstáculo insuperable, los recién venidos, después de un breve choque, se desbordaban por las inmediatas calles.

Los mas afortunados, aunque contenidos á respetuosa distancia por las enhiestas picas de los milicianos de Cristo, estaban colocados á las puertas de la Inquisicion.

Nuestros lectores habrán comprendido que la multitud aguardaba en la plazuela de los Girones lo que pudieramos llamar *el fin de fiesta* del drama clerical representado en la tarde anterior: la pena de vergüenza y azotes con que se castigaba á los sospechosos de *vehementi et de levi*, heces de la herética pravedad, que la misericordia inquisitorial purificaba con la correa de maese Juan Perez.

Segun se prometia la multitud, la procesion no se hizo esperar mucho tiempo, pues habiéndose adelantado los guardias, tras una brevisima intimacion de palabra, y otra no tanto, aunque razonable, de lo que llamariamos ahora *vias de hecho*, con la que los guardias de todos los tiempos y países saben convencer á los buenos ciudadanos, quedó despejado buen trecho de la plazuela.

Entonces la asendereada y molida multitud lanzó un grito de entusiasmo.

Por la puerta de la Inquisicion aparecieron diez guardias á caballo, y después los penitenciados, descalzos los piés, vestidos con sus correspondientes sambenitos, sogas de esparto al cuello, y velas en las manos de diferentes colores, segun la clase y gravedad de sus delitos.

Los penitenciados fueron desfiliando lentamente. Todos aquellos rostros que habia encendido la fiebre ó demacrado la humedad del calabozo, no lograron arrancar á los espectadores, dominados por la preocupacion ó el terror, una palabra de simpatia.

Los mas de los penitenciados derramaban abundantes lá-

grimas al ver unos su vergüenza, al contemplar otros ese sol, testigo hoy de su deshonor, y que ha tan poco riolaba su dorada luz en las limpias armas de los escuadrones moriscos, en las bordadas marlotas de los justadores de Bib-Rambla (1); otro llevaba vendada una pierna, como último vestigio del tormento. Tras de todos aparecieron dos condenados montados; el uno era un hombre... el otro una muger. Ambos llevaban baja la cabeza, y eran retenidos en sus cabalgaduras por los ayudantes de Juan Perez. Cuando todos hubieron salido, maese Pero, notario de la Inquisicion, el pregonero y el verdugo se colocaron á la puerta.

Maese Pero, notario célebre de aquellos tiempos, sacó con su habitual calma sus descomunales anteojos y un gran rollo de papeles; el pregonero tosió fuertemente, y el verdugo reconoció sus pencaas, é hizo una benévola señal á sus dependientes, que trajeron á uno de los acusados.

El notario leyó en sus papeles.

—«Juan de Santibañez, número 18, morisco, sospechoso de leví, absuelto *au cautelam*, saldrá al auto con sambenito de media aspa, vela en las manos, y soga de esparto al cuello. Daránsele doscientos azotes en los sitios y dia acostumbrados, y confiscados sus bienes, será vuelto á las cárceles del Santo Oficio por espacio de un año, donde será instruido en los misterios de la fé.»

El pregonero repetia con su voz cascada las palabras del notario.

En tanto los dependientes del verdugo desnudaban las espaldas del reo.

Al concluir la relacion de la sentencia, maese Juan Perez alzó su penca, y preciso es decirlo en honor del ejecutor público, sin la mas pequeña cólera, antes bien con una tan benévola calma, que demostraba cuán lejos estaba su corazón de guardar el mas pequeño rencor hácia el reo, aplicó sobre sus espaldas la cuarta parte de la dosis.

(Concluirá.)

CIVILIZACION DEL ANTIGUO ORIENTE.

(Conclusion.)

Lengua hebrea.—Segun las tradiciones rabínicas, la lengua hebrea fué el idioma primitivo enseñado por Dios al hombre. Lejos nosotros de discutir la verdad ó error de este aserto, confiamos á los filólogos el cuidado de ello y la tarea de demostrar si el idioma hebreo es ó no el primitivo: solo diremos dos palabras acerca de ella, considerándola únicamente como medio de la expresion de la belleza. En toda lengua entran, como dice Schlegel, tres elementos, vocales, consonantes y aspiraciones: en el italiano dominan las primeras, en el persa, alemán y griego las segundas, y las terceras reinan en el hebreo. ¡Cuan bien traducida por la lengua se halla la vida íntima de este pueblo! ¡Qué bien simboliza la lengua hebrea la inspiracion! El espiritualismo, la brevedad y la sencillez son dotes exclusivas de ella, y que la distinguen de todas las demás lenguas semíticas. Los verbos no tienen allí mas que dos tiempos, que flotan entre lo pasado, lo presente y lo futuro, secundando á una poesía inspirada, en que se confunden lo presente y lo futuro, perdiéndose en la eternidad. No es tan grande la diferencia entre la poesía y la prosa, y el escritor pasa allí, sin cambiar de forma, de la prosa mas humilde á la mas sublime poesía.

No sabemos con certidumbre si la poesía hebrea era rimada, si bien San Jerónimo, que aprendió el hebreo en Bethelém, donde traducía los libros santos, y Voltaire asegura que su maestro, que era rabino, le enseñó dos versos que rimaban (*Cours de littérature du Moyen-Age, par M. Villemain, página 125*); pero lo que sí existe ó se halla en ella es paralelismo rítmico, que consiste en cierta simetria de las ideas, imágenes y pensamientos, y esto la da vida y flexibilidad.

Hubo en Jerusalem escuela de profetas y cantores, y los himnos y demás poesías fueron entonadas por el pueblo y acompañadas de los melodiosos sonidos del arpa y del laud. La poesía hebrea es eminentemente nacional; en ella todos los elementos de expresion están tomados, ya del país, ya de las instituciones, y ya de los ritos y costumbres del pueblo que las cantaba: su tono es vehemente, apasionado y atrevido, cual convenia á un pueblo que estaba en relacion con Dios é inspirado por los rayos de Jehová.

Los principales géneros de poesía de que se compone *La Biblia* son: el lírico, que es el que mas sobresale, el elegiaco, el didáctico, y el bucólico ó idílico.

Literatura indiana.—Abordamos por fin al bello país que atrae las miradas de todos los sabios europeos, y donde se nos presenta el genio del Oriente con toda su riqueza de imaginacion y sus gigantescas concepciones: la India, ese país privilegiado por la naturaleza, se estiende entre el Himalaya y el Océano, regada por los cinco rios sagrados, y fecundada por otros muchos arroyuelos que se desprenden de las altas colinas que la sirven de abrigo; ostenta una magnificencia prodigiosa en su vegetacion, y el cerezo, el cocotero, la palma, la caña dulce y las especias, convidan con su delicosa sombra á los indolentes indios; todo es poesía, todo es animacion de la naturaleza en la hermosa península del Ganges: llanuras ilimitadas, cubiertas de verde césped, donde pacen multitud de blanquissimas ovejas al lado de bueyes, caballos y elefantes: graciosas colinas de donde se precipitan multitud de arroyos, que estrellándose contra las rocas, se dividen al caer en graciosas y cristalinas cascadas, esparciendo la frescura y la vida por todas partes: multitud de aves de variado plumaje, que ostentan su belleza á los rayos de un sol radiante y puro, al par que encantan con sus melodias la soledad del bosque ó las márgenes del claro arroyo donde un suave aircillo mece sobre sus tallos las olorosas flores que adornan sus riberas, llevando en sus alas los aromas que de su cáliz se desprende: ¡todo, todo es belleza, todo convida al éstasis profundo de los sentidos, y á esa contemplacion abstractiva que forma uno de los caracteres peculiares de los indios!...

Literatura.—¡Ah! qué sorprendente espectáculo se presenta á nuestra contemplacion! ¡Cuán rico y fecundo es el país de los indios; pero cuánto le sobrepaja su literatura! ¡Qué te-

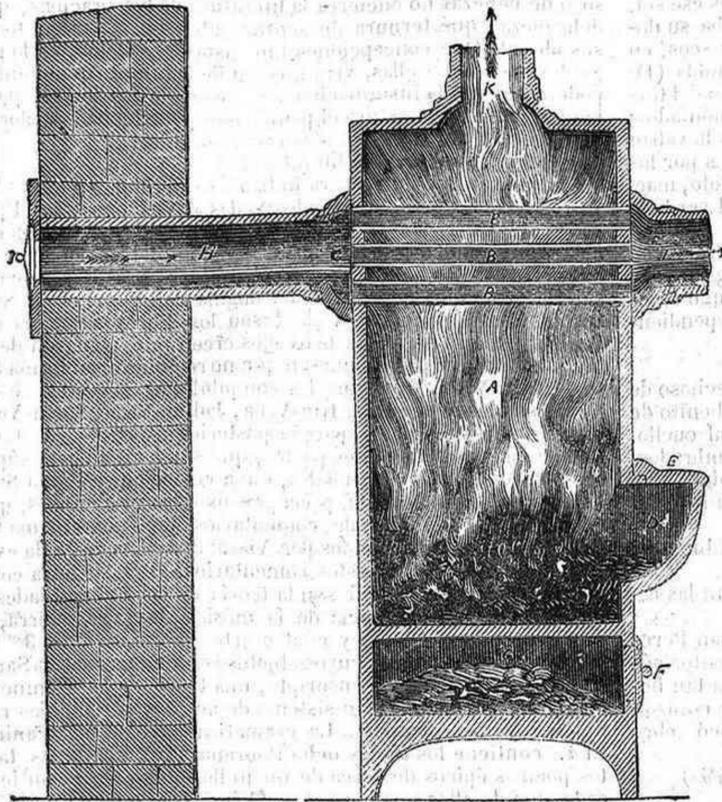
soro de bellezas no encierra la literatura de los braemas, qué delicadeza, qué ternura de sentimientos no esparcen todas sus obras! ¡Qué concepciones tan vastas! ¡Cual donna lo gigantesco en todas ellas, viva imagen de lo infinito que domina poderosamente la imaginacion y la razon de los indios! ¡Qué bien expresa su literatura el panteísmo! ¡Qué lucha tan gloriosa, si bien temeraria, por alcanzar lo infinito!...

¡Qué admirable es su literatura!...

Las obras de la literatura indiana se dividen en sagradas y profanas: las primeras son los Vedas ó Vedangas, los Upavedas, el Omnepkat y el Manava-Dharma-Sastra. Parece me mas conveniente esponer esta division del modo que lo hace M. Ott: Los Sastras, segun él, son las obras que se consideraran como base sagrada del dogma religioso: el 1.º Sastra contiene los cuatro Vedas; son los libros sagrados del Brahminismo. Los indios ortodoxos creen que manaron de la boca de Brahma; pero confiesan que no recibieron su forma actual hasta Veda Viasa que los compiló! Los nombres de los Vedas son los siguientes: Rig-Veda, Jadjur-Veda, Sama-Veda y Arthavan-Veda: este parece posterior á los demás. Cada uno de los Vedas tiene dos partes, que son las Mantras, súplicas á las diferentes divinidades, cuya coleccion se llama Sanlista; y los Brahmanhasts, preceptos morales y religiosos, que á veces van seguidos de comentarios teológicos llamados Oupanishadas, introducidos por Viasa: el Arthavan-Veda es el que contiene mas de estos comentarios. El 2.º Sastra comprende cuatro libros, que son la teoría de las enfermedades y de los remedios; la ciencia de la música, la de la guerra, y práctica de las sesenta y cuatro artes mecánicas. El 3.º se compone de seis libros, cuyos objetos son una gramática Sanscrita, un diccionario Sanscripto, una teoría de la pronunciacion, una astronomía, un sistema de actos y ceremonias religiosas y una prosodia. La gramática es obra de Panini. El 4.º contiene los diez y ocho Pouranas, que son otros tantos poemas épicos de cerca de un millon de versos: contiene cada uno de ellos una cósonia. (Véase *Ott*, tom. 1, p. 147.) El 5.º Sastra comprende el Dharma ó ley civil; pero la obra fundamental de su legislacion es el Manava-Dharma-Sastra, ó ley del Manon. En fin el 6.º Sastra, que contiene, bajo el nombre de Dhersana, seis grandes sistemas filosóficos, comprendidos bajo los seis títulos generales siguientes: Nyaya, Nimanía, Sankya. Además de estas obras, que son la base de la religion de los indios, hay otra porcion de obras, que si bien participan del carácter religioso, sin embargo, se las considera como profanas; al frente de estas se presentan los Yptiasas ó grandes poemas épicos, y los sistemas filosóficos; para tratar de esta literatura, preciso es clasificar las producciones del género por razon de su antigüedad.

Cronologia de las obras indianas.—Sir Williams Jones, y casi todos los orientalistas, dan á los Vedas 1600 años de antigüedad antes de Jesucristo, y los que menos 1200; los Vedas son sin duda los libros mas antiguos de toda la literatura indiana. ¿Y cómo no han de serlo cuando todas las sociedades empiezan proclamando las teorías religiosas y teísticas, bajo cuya influencia han de caminar en la senda del perfeccionamiento moral é intelectual, y cuando el genio se ha de manifestar bajo las formas impresas por sus teorías teológicas? Dios! ¡Hé aquí la primera idea del hombre! La razon se eleva instintivamente á ella desde el momento que abre sus ojos á la luz de la verdad, y estasiada en su contemplacion, prorrumpe en cánticos de loor y de alabanza al Ser eterno: he aquí el primer paso de la fantasía, el lirismo remontándose á lo infinito y celebrando sus perfecciones: la poesía lírica es la primera que se nos presenta en el órden de los tiempos, y del desenvolvimiento de la fantasía; pero bien pronto la razon se refleja sobre sí, y de Dios pasa el hombre, de lo infinito á lo limitado, del creador á la criatura. El Antropomorfismo sucede al lirismo, y la oda sagrada es reemplazada por la epopeya. La edad religiosa de los pueblos concluye para dar lugar al heroísmo: aquí pues deben colocarse los poemas épicos ó los iptiasas: el poeta admira las perfecciones del hombre, y expresa su entusiasmo en esas magníficas producciones del genio. De la admiracion del hombre, y cuando la civilizacion ha llegado á un alto grado de desarrollo, se pasa á ridiculizar los vicios y debilidades humanas; la poesía dramática y su expresion: aquí pues se debe colocar los dramas de Calydasa y Sudratha: la poesía erótica nace tambien en esta época, y es la présaga de la ruina y corrupcion de las sociedades. Hemos pues demostrado y marcado con toda precision los tres grados del desenvolvimiento de la poesía, paralelos á las tres intuiciones de la razon, base de todas las ciencias, resumidas por Gioverti en esta fórmula: el ente crea las existencias; es cierta, pues, la fórmula de Alejandro Dumas: lirismo, epopeya, drama, La Biblia, Homero, Shaskepeare. Tenemos pues indicado el órden con que deben haberse sucedido las obras de la literatura indiana; pero, ¿los Vedas que poseemos actualmente, son ó no los mismos que existian 1600 años antes de Jesucristo, ó han sido adulterados, se han interpolado en ellos algunos pasajes que han sufrido alguna influencia de parte de las escuelas heréticas del Ganges? Es mas que probable que así haya sucedido, y aun prescindiendo del interés que en ello haya podido haber, ¿no es bastante el que hayan circulado en hojas sueltas? Y siendo así, ¿qué cosa mas facil que el capricho, la ignorancia y el amor propio hayan adulterado, mal entendido é interpolado pasajes en ellos? Por otra parte, se han hallado dos textos enteramente diversos de los Vedas, y segun algunos afirman, en las mil cien escuelas de la India en que se enseñan los Vedas, en todas se hace por textos distintos, aunque á mi parecer haya en esto mucho de exagerado. ¿No pudiera suceder que de esas dos ediciones, cuyos textos son enteramente distintos, uno perteneciera á la escuela ortodoxa y otro á la heterodoxa? ¿Mas cuáles el auténtico, cuál es el antiguo y cuál es el moderno? Hé aquí la dificultad! Sin embargo, es muy posible el distinguirlos. Se ha querido decir que el Manava-Dharma Sastra es posterior á los sistemas filosóficos, porque en él se habla de ellos; y se ha querido deducir que es muy moderno, por cuanto en él hay leyes contradictorias que imponen castigos diferentes, y fulminan penas contra crímenes únicamente posibles en un alto grado de desarrollo social; pero creo que esto lo mas que prueba es que en el código de Manon, así como en los Vedas, y en interpretaciones posteriores á su publicacion, y que los Brahmanes, esta legisladora y omnipotente en la India, creyeron dar mas á

(1) Bib-Rambla, Puerta del Arenal.



Calorifero. (Fig. 1.ª)

toridad á sus decretos acogiéndolos á la sombra del prestigio del antiguo legislador. Los Pouranas comprendidos en uno de los Sastras, son sin duda muy posteriores á todos ellos, ya porque en algunos se marca la decadencia del gusto, y ya tambien porque en ellos figuran algunos reyes y personajes del siglo XI. El de Dhersana Sastra, es uno de los Sastras mas modernos: en él están comprendidos los tres sistemas filosóficos, que teniendo por objeto defender la religion de los Vedas, no se conciben sin una herejía: pues bien, el Budismo aparece 500 años antes de Jesucristo, y en esta época sin duda es cuando nacieron el Nyaya Mimamsa y Saúkia: por consiguiente, los sistemas filosóficos son posteriores sin duda á los Iptiasas. La literatura dramática, no hay duda acerca de su época: brilló en el siglo del Beker Medjid. Vamos á echar una rápida ojeada sobre los poemas épicos: estos son dos, el Ramayan y el Mavaratha; el 1.º compuesto por Valmikit, y el 2.º obra del célebre Viasa (1).

El Ramayan tiene por objeto celebrar al gran héroe de la India, el célebre Rama, que segun parece fué una encarnacion de Vishnou. Los malos genios rascchiasas habian robado á los buenos genios la Amrita formada del monte Meron, disuelto en el mar de leche, haciéndose por lo tanto invulnerables: fué preciso pues que Vishnou, encarnado en Rama, venciese á los malos genios y alcanzase como premio de la victoria el privilegio de invulnerabilidad para los buenos genios.

El Maha-Brarat es otro poema no menos grande y de menor importancia; es la mas vasta escena de la religion indiana: se canta tambien en él una encarnacion de Vishnou; de él se da razon en el tomo I de Cantú, pág. 488. Llegamos por último á la tercera época, al siglo de oro de la literatura indiana: en ella florece la lirica heróica, donde al par de las ideas religiosas se hallan pensamientos soberanamente lascivos. Goethe les ha imitado perfectamente en su *Boyardera*. La poesia dramática adquiere un alto grado de desenvolvimiento, y Sacontala, el drama de Kalidasa es, si no el mejor, por lo menos uno de los mas perfectos. En este tiempo reinaba Bester Medjid, 50 años antes de Jesucristo: entonces llegó el Sanscripto á su mas alto grado de perfeccion, y la literatura indiana se elevó á la cumbre de su apogeo. El rey Bekermejo ha empuñado el cetro de la peninsula indiana, y su reinado es el del buen gusto; grande es el afan con que reunen en torno de sí todos los sabios, estimulándolos, ora con la preferencia, ora con el premio. Nueve eran los principales de su corte, y fueron llamados las Perlas de la India; entre ellos se contaba Kalidasa, el compilador de los Iptiasas, que sobresalió en el género dramático, llevándole á la cumbre de su perfeccion. En el drama indio brilla, como en toda su literatura, lo colosal en la concepcion, lo fresco y vivo del colorido de los cuadros, la finura de los contornos, al par que la ternura de los sentimientos y la riqueza inagotable de imaginacion. En los dramas indios no se conocen las unidades de lugar y tiempo, ni aun dejando á la imaginacion el vuelo que los románticos la conceden; no, la fantasia de los indios no quiere trabas; necesita plena libertad, remontarse á las altas regiones de lo infinito, y tributar su homenaje á ese principio que domina en su religion, en su ciencia y en su arte; así los dramas indios no deben tener menos de cinco actos ni mas de diez; cada acto puede poéticamente considerarse como el espacio de un año: ¿cuánto mas no se permitirá entre acto y acto? Lo mismo sucede en cuanto á la unidad de lugar. Sacontala es arrebatada por los genios y llevada á una distancia inmensa, y Dunsanta va á una cacería que dura diez dias; ¿puede llevarse mas lejos la monstruosidad é inverosi-

(1) Se ha creido por algunos que este Viasa es el mismo que compitó los Vedas, y de aquí se ha deducido que Viasa es un personaje mítico, y que no ha existido sino en la imaginacion de los indios. Bueno será advertir que aquel fué Veda-Viasa, y este solo Viasa.

militud? No debe sin embargo negarse la belleza á este drama, que la posee en alto grado, y representado como ha sido en Londres, aun entretiene á los europeos, sin embargo de que interesaría mas, si se descartara de él lo sobrenatural, si se estrechara en un círculo mas artístico. En el drama indio entran personajes de todas categorías; desde los seres sobrenaturales hasta los Soudras: en el acto no se permiten palabras que rebajen al prójimo, ni dormir ni comer, por consiguiente se ve que la tragedia y la comedia estan desterradas del teatro indio, quedando reducido únicamente al drama tal como le conocemos los modernos. Cada personaje habla en su dialecto particular.

Al lado de Kalidasa, y ocupando el segundo lugar entre los sabios indios, brillaba en la corte de Ker-Medjid, Jajavedra, poeta lírico que sobresalió en este género acaso mas que Kalidasa en el dramático; cultivóse tambien la poesia descriptiva, y la obra llamada *Las Estaciones*, es al decir de sir-Williams Jones, acaso superior á la de Thompson, y cuantos entre los modernos han cultivado dicho género: compusieronse tambien idilios y fábulas, siendo las de Viz-Pay, llamadas de Ipotadasa, una de las mejores colecciones de ellas: han sido traducidas á casi todos los idiomas, y Kosroes hizo publicarlas en el persa, esparciéronse por todos los pueblos bajo formas y nombres diversos, tales como Leu-Con, Esopo y Pedro, hasta hace pocos años, en que se ha descubierto un manuscrito, si no autógrafa, auténtico al menos: las que corrian en la India bajo el nombre de Vicpay, estaban adulteradas. Háse dicho que las fábulas han nacido en los pueblos esclavos, porque estos se han visto precisados á presentar á sus señores las verdades disfrazadas bajo el velo de ficcion. Creo, sin embargo, que no es esa la verdad: el hombre es naturalmente aficionado á los cuentos, y faltaba únicamente una sombra de razon para hacer algo

verosimil la concesion de la palabra á los brutos: pues bien, esta la hallamos en todos los países que siendo panteistas proclaman la metempsicosis, y por lo tanto en la India.

GERARDO VAZQUEZ.

ESPOSICION UNIVERSAL.

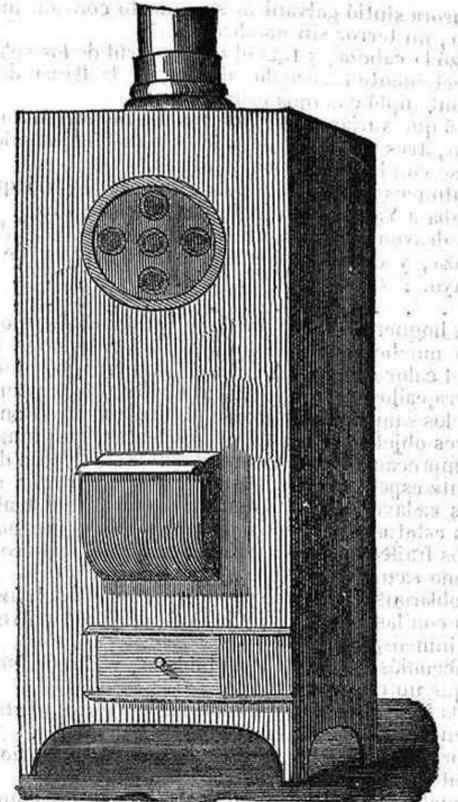
Objetos varios.

ESPEJO DE LUIS XV, POR M. BOARD (DE LONDRES).

Copiado de un modelo francés, es mas notable este espejo por su tamaño que por sus adornos. La luna se ha trabajado en Birmingham, y el marco es obra de M. Board, uno de los mejores artistas que hay en Londres para obras de madera dorada.

VENTILADOR DE RESORTES.

El principio de este ventilador es muy sencillo, como lo indica suficientemente su plano: su accion está combinada de



Calorifero. (Fig. 2.ª)

tal modo, que ningun accidente puede dañar á los vidrios de las ventanas. Todas las piezas de que se compone, como basidores y paletas, son de metal inoxidable. Las últimas se abren tanto como se quiere, y se cierran tambien herméticamente por medio de un pié, que enlaza todo el sistema y que se hace mover á capricho.

Ocupa menos espacio que los demás ventiladores del mismo género, y no afecta á la elegancia de las ventanas.

RELOJ HIDRÁULICO.

Se han admirado en la Esposicion de Londres muchos objetos de esta clase, aunque ninguno tan perfecto como el que ofrecemos hoy en grabado. Contiene muchas figuras de movimiento, y este se imprime por medio del agua que cae gota á gota en la copa E, pasa por el conducto K y A, antes de llegar á ella, y asciende á dicho conducto desde el arca C por medio de dos cilindros B. Un movimiento de oscilacion, que reemplaza al péndulo de los relojes ordinarios, determina la escala de rotacion de una manera fija y permanente.

GRUPO DE DOS JÓVENES.

El grupo cuyo grabado presentamos, se llama *La Adivinadora*. Dos jóvenes estan sentadas juntas. El autor de esta composicion es M. Wickmann, de Berlin, artista muy conocido y apreciado en el Norte.

El toque principal de su talento es la gracia. Es muy difícil traducir en escultura ciertas emociones; pero el doctor Wickmann busca siempre la expresion en sus modelos. La finura recomienda los contornos de su grupo; y tanto la postura del dedo revelador, como la atencion de la joven, á la que su compañera predice el porvenir, estan perfectamente expresadas.

Se puede criticar al artista la complicacion de los trajes, reprobada por el género antiguo, que se recomienda principalmente por su sencillez.

DIADEMA.

Esta prenda, la mas notable de todas las obras de platería que se han visto hasta ahora, contiene 1,800 brillantes, 1,600 diamantes rosa, 11 ópalos y 67 rubies: su precio es de 137,000 francos.

Es un magnífico adorno ruso, y todas las piedras estan montadas con una perfeccion admirable. Cuantos inteligentes lo han examinado han convenido en que los artistas moscovitas pueden dar lecciones, en este género, á los franceses.

CALORÍFERO.

Nada hay mas sencillo que este aparato, cuyo objeto es hacer pasar aire frio en un horno, calentarlo, y repartirlo en una habitacion ó en una casa.

Las dos figuras representan, una el corte interior, y la otra la cubierta exterior de este calorifero. En la primera se ve el fogn A, dentro del cual se coloca el combustible: encima de él hay tres tubos giratorios que lo atraviesan y que se unen á otro horizontal que recibe el aire exterior. Este tubo termina interiormente, como se ve en la figura 2.ª, en una serie de agujeros, que dan paso al aire caliente.

FLORERO.

Este bello adorno para el centro de un gabinete, está cincelado con suma delicadeza y buen gusto: tal vez el pié sea algo pesado en comparacion de la copa, destinada á contener las flores; pero tal como es, se halla en armonía con otros infinitos objetos ingleses, colocados en la Esposicion, que venimos presentando en nuestros grabados.



Florero.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.